


# ¡DESTRUID ESE PLANETA!

Clark Carrados

CIENCIA FICCION




# ¡DESTRUID ESE PLANETA!

Clark Carrados

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN



CLARK CARRADOS

# ¡DESTRUID ESE PLANETA!

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 474

Publicación semanal

**EDITORIAL BRUGUERA. S A.**

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B 24.758 – 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: septiembre, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora, la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1.979

# CAPÍTULO PRIMERO

En la mampara de control centelleaban innumerables luces. Pero había ya muchos huecos y cada uno de esos huecos significaba una nave perdida.

Al empezar la batalla, la pared estaba cubierta de luces. Ahora, los destellos se habían reducido a menos de la mitad. Joseph Sandghor, primer almirante, no abrigaba ninguna duda acerca de cuál iba a ser el resultado final del feroz combate que se libraba en el espacio, un frente de batalla que abarcaba miles de millones de kilómetros cúbicos, muy superior incluso a la extensión del sistema solar.

Al mismo tiempo, el almirante tenía ante sí otra, colosal pantalla, en la que podía seguir en el acto los movimientos de la flota adversaria, nave por nave. En aquella pantalla, el espectáculo era sencillamente abrumador.

Las fuerzas espaciales del imperio de Qaphar superaban a las terrestres en la proporción de tres a uno. Pero ninguno de los

tripulantes que se hallaban en las naves terrestres estaba dispuesto a retroceder un solo paso. Serían derrotados, sí, pero sólo por la muerte.

De pronto, Sandghor captó algo en la pantalla de situación del enemigo y se inclinó hacia el micrófono;

—Sexta Escuadra, ataque inmediatamente por Sector «Caribú Dos». Deme el enterado. :

—«Caribú Dos-Nueve». Lo siento, Centro, yo soy el único superviviente de la Sexta Escuadra.

Sandghor se quedó aterrado. Volvió la vista hacia su derecha. En el panel de situación habían desaparecido todas las luces de la sexta hilera, a excepción de una. Pero no estuvo mucho tiempo encendida; casi en el acto, se apagó y así, el almirante Sandghor supo que su Sexta Escuadra se había convertido en polvillo cósmico.

Apretó un botón.

—Dieciocho Escuadra, ¿me oye? Soy Centro. Conteste, rápido.

—Aquí, Dieciocho Escuadra. Hable, Centro.

—Ataque por sector «Caribú-Dos».

—Enterado.

Sandghor volvió a llamar:

—Novena Escuadra, aquí Centro. Conteste.

—Centro, aquí Novena. Adelante.

—La Dieciocho ataca por sector «Caribú-Dos». Simule un ataque frontal por «Caribú-Uno» para aliviar la presión sobre la Dieciocho.

—Sí, señor...

La voz se apago súbitamente.

En el cuadro de situación, toda una hilera de luces se había apagado casi simultáneamente. Era la hilera correspondiente a la Novena Escuadra.

Sandghor se pasó una mano por la cara. Ya sólo le quedaban la 18.a y la 25.a Escuadra. Cuando el enemigo las hubiese destruido, el

camino hacia la Tierra habría quedado abierto por completo.

Reaccionando, Sandghor llamó a la 25.a Escuadra:

—Comandante, supla la ausencia de la Novena Escuadra y ocupe su sector de combate —ordenó.

—Habla el capitán de navío Eldon, señor. El contraalmirante Remall ha muerto con todos los tripulantes de su nave insignia. Como más antiguo, me he hecho cargo de mando de la Escuadra.

—Está bien, Eldon. ¿Cuántas naves le quedan?

—Sesenta, señor.

—Ataque. Sin piedad, ¿entendido? —Sí, señor.

El almirante Sandghor no tenía el menor empacho en transmitir sus órdenes en lenguaje directo, sin cifrar. Sabía sobradamente que el sistema de transmisiones terrestre era perfecto. Las comunicaciones se hacían por una onda indetectable. En esto, pensó, les ganaban a los qapharianos, quienes tenían necesidad de cifrar sus mensajes, lo que suponía una no desdeñable pérdida de tiempo, pese a la ayuda de las máquinas cifradoras, que realizaban su labor en contados segundos. Pero no era lo mismo hablar directamente que dirigiéndose a una máquina, la cual, a su vez, cifrado el mensaje, lo retransmitía a la descifradora receptora que también empleaba varios segundos —en ocasiones hasta veinte y más—, en hacer el mensaje inteligible para su destinatario.

Y ello sin contar con la distancia, ya que, cuando era superior a los trescientos mil kilómetros se empleaba más tiempo, lógicamente, en el envío y recepción de los mensajes.

Pero la masa abrumaba por el número, se dijo desalentadamente el almirante Sandghor, consciente de su inevitable derrota.

De repente, la hilera número dieciocho se apagó.

Sandghor contuvo un sollozo: la 18.a Escuadra había sido destruida.

* * *

Pero todavía quedaba la 25.a Escuadra.

Los ojos de su nuevo comandante contemplaron fríamente las indicaciones de su panel de control. Delante de él se extendía, aparentemente intraspasable, una interminable hilera de naves de combate de Qaphar. Pero en aquella infranqueable barrera había un pequeño fallo, apenas perceptible a simple vista.

Mark Eldon decidió aprovechar aquel error de su adversario. Todavía le quedaban sesenta naves.

—Primer Escuadrón, ataque inmediatamente de frente, con proyectiles al máximo de energía. Dispare desde ciento cincuenta.

—Entendido. Primer Escuadrón, síganme —ordenó su jefe.

Diez naves se destacaron inmediatamente de la formación, lanzándose hacia adelante a velocidades próximas a la de la luz. Mientras el escuadrón buscaba situarse en posición de tiro, a ciento cincuenta mil kilómetros de distancia del enemigo, Eldon, con el grueso de la fuerza, se lanzó en dirección un tanto oblicua hacia el punto donde había descubierto el fallo del enemigo.

Era una maniobra arriesgadísima. Sin embargo, merecía la pena.

El frente qaphariano estaba partido en dos por un planetoide de un tamaño ligeramente superior al de la Luna terrestre. A fin de evitar posibles colisiones, las naves de Qaphar se habían situado a ambos lados del planetoide, pero a una distancia que no bajaba de los dos millones de kilómetros. Cuando una nave se movía a doscientos mil kilómetros por segundo, un viraje no se podía realizar en unos pocos metros, sobre todo, si se tenía un cuerpo celeste en las inmediaciones.

El primer Escuadrón se situó en posición de tiro, a la derecha del planetoide, según la órbita de ataque. Inmediatamente, diez naves abrieron el fuego.

Disparaban proyectiles de energía, que volaban hacia el adversario a la velocidad de la luz, 300.000 kms/seg. Durante su trayectoria, el proyectil era apenas una finísima raya blancoazulada. A veinte mil metros del blanco, se producía la explosión de la primera etapa del proyectil, destinada a destruir cualquier posible escueto de energía. La segunda explosión se efectuaba a mil metros del blanco y, entonces, una bola de fuego emergía súbitamente liberada, con una

potencia de mil millones de kilovatios, convertía en cenizas al objetivo.

Pero los qapharianos también disponían de armas muy poderosas, torpedos nucleares, cada uno de los cuales era capaz de pulverizar un continente. Cuando los imperiales se dieron cuenta del ataque, su comandante ordenó una salva cerrada.

Para entonces, ya habían partido los diez proyectiles de energía hacia sus blancos. Medio segundo más tarde, brillaron diez soles en el espacio.

Y un par de segundos después, diez naves terrestres, alcanzada cada una por media docena de torpedos nucleares, se convirtieron en humo.

Pero la brecha situada a la izquierda del planetoide, según la situación de los terrestres, había sido ensanchada considerablemente y, por aquel hueco, como un alud incontenible, se precipitaron las cincuenta naves de la 25.a Escuadra, cincuenta flechas dispuestas a ser destruidas, pero, a su vez, destruyendo el mayor número posible de adversarios.

Apenas franqueada la línea, Eldon dio una orden:

— ¡Caza libre! ¡Buena suerte, muchachos!

Inmediatamente, cincuenta naves terrestres se convirtieron en cincuenta fieras espaciales, que no daban ni pedían cuartel.

* * *

Eldon pilotaba su propia nave. En los distintos departamentos, artilleros, navegantes, ingenieros, se dedicaban a sus distintos papeles, con absoluta disciplina, inmunes al miedo, confiando ciegamente en el piloto que les guiaba al combate. En los diferentes departamentos de la nave había grandes pantallas, que permitían una información exacta y constante del desarrollo de los combates.

Rebasado el frente enemigo, las naves de Qaphar fueron sorprendidas por retaguardia. Durante un largo rato, el combate no fue sino un ejercicio de tiro para las astronaves terrestres.

Los informes sobre blancos obtenidos se sucedían ininterrumpidamente en el puesto de mando de Eldon. Casi no hacía falta que le dijeran nada; él mismo podía apreciar los estragos que su audaz maniobra había provocado en las escuadras enemigas, cuyos pilotos habían resultado muy tardos en reaccionar.

—Confiaban demasiado en el número —se dijo Eldon.

El almirante Sandghor estaba entusiasmado. Constantemente veía ante sí infinidad de chispazos, cada uno de los cuales representaba una nave enemiga destruida. En la hilera correspondiente a la 25.a Escuadra faltaban solamente catorce luces. Aún disponía de cuarenta y cuatro naves, pero el castigo que sufría el enemigo era sencillamente aterrador.

Sandghor agarró el micrófono.

—Centro a Veinticinco. ¿Me oye?

—Veinticinco a Centro. Le oigo. Adelante —dijo Eldon.

—Ha realizado usted una maniobra genial, digna de un consumado estratega. Le asciendo a contraalmirante y ahora mismo lo comunicaré a la Tierra, para que confirmen el nombramiento.

—Gracias, señor.

—Adelante, Eldon. Siga barriendo al enemigo.

A millones de kilómetros de distancia, Mark Eldon sonrió amargamente.

Contraalmirante, pensó. Y sólo tenía veintinueve años.

Cuando se inició el conflicto, era un simple teniente de navío. Las bajas constantes en los grados superiores le habían permitido ir escalando posiciones. En seis meses, de teniente de navío, había llegado a almirante.

Cuando un hombre como él, con tan pocos años, alcanzaba un grado tan elevado, era que las cosas no marchaban precisamente bien. Y si seguían como hasta ahora, no podría disfrutar mucho tiempo de su nuevo rango. Ni siquiera aunque salvase la vida, porque, destruidas las flotas defensoras terrestres, la derrota del planeta era inevitable.

Sacudió la cabeza. Había que volver a la realidad.

Y la realidad eran cientos de naves qapharianas que, rehaciéndose, iniciaban un feroz contraataque.

* * *

En Qaphar, Su Magnificencia Sharkon VIII, Emperador por la Bondad de Los Mil Dioses, empezaba a sentirse preocupado.

Sharkon había seguido el desarrollo del combate desde el puesto de mando central, junto al hiperalmirante Jhiffork, que dirigía la batalla desde el suelo. En la vasta sala subterránea, decenas de ayudantes se movían aquí y allá, controlando minuciosamente cada movimiento de las naves, tanto propias como enemigas.

La audaz incursión de Eldon había preocupado grandemente a Sharkon y a su jefe de operaciones. Habían conseguido formar una línea sólida e intraspasable, pero aquel osado terrestre había roto el frente inconteniblemente y en un espacio relativamente breve, había causado estragos en las armadas de Qaphar. Centenares de naves habían volado, destruidas irremisiblemente por los devastadores proyectiles de energía pura, antes de pasar al contraataque que permitiera eliminar el peligro que suponían las astronaves terrestres.

—Son fanáticos —dijo Sharkon, con la vista fija en la pantalla en que se reflejaba la situación del combate—. Serían capaces de estrellar sus naves contra Qaphar, para destruirnos...

—Nuestras naves no les dejarían llegar, majestad —aseguró el hiperalmirante Jhiffork—. Y, pasado el primer momento de sorpresa, están reaccionando de una forma muy favorable.

En aquellas pantallas, las naves terrestres eran puntos rojos que se extinguían tapidamente, acosados por los puntos verdes, que eran las naves de Qaphar. Sin embargo, el número de puntos verdes había decrecido también enormemente.

—Jhiffork —dijo Sharkon—, sospecho que alguien cometió un error al situar nuestro frente de ataque en el sector Wahtol. Nuestras naves tuvieron que situarse a ambos lados de ese planetoide y el almirante terrestre supo encontrar muy pronto el fallo. ¿Quién mandaba la línea?

—El almirante de segundo grado Owoll, señor —contestó Jhiffork.

—Owoll queda degradado a soldado raso —dispuso Sharkon tajantemente—. Será sustituido en el mando por el oficial de mayor graduación.

—Sí, majestad.

Los puntos rojos eran cada vez menos en la pantalla. Sharcon sonrió satisfecho.

—Cuando la última nave haya sido borrada de la pantalla, podremos decir que la Tierra se ha quedado sin defensas. Entonces, no tendrán otro remedio que rendirse.

Jhiffork meneó la cabeza dubitativamente. —No me gustaría contradecir a su majestad, ni hacer el papel de aguafiestas, pero dudo mucho de que los terrestres se rindan, aunque no les quede una sola astronave de combate. Pelearán hasta el último aliento...

—Almirante, si esto es como dice, no olvide que aún tenemos una carta por jugar. Cuando los terrestres se vean abocados a comer hierba, se rendirán, créame. ¿Sabe a qué me refiero?

Jhiffork hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, majestad. Sin duda, su majestad se refiere a la «Operación Incubadora».

Sharkon emitió una sonrisa de satisfacción.

—Exactamente —contestó. De pronto, empezó a palmotear, jubiloso—. Ya sólo queda una nave terrestre... ¡No, acaba de ser destruida! La Tierra ya no tiene una sola astronave de combate.

En la pantalla de control, la última chispa roja acababa de desaparecer.

# CAPÍTULO II

Con la amargura en el alma, Mark Eldon fue viendo cómo se apagaban una a una las luces que señalaban la posición de cada una de las astronaves de la 25.a Escuadra. En el último y desesperado ataque, habían infringido al enemigo espantosas pérdidas, pero sesenta naves, a la fuerza tenían que sucumbir ante un adversario cien veces superior.

La armada terrestre había sido exterminada. Ahora, el camino para la invasión quedaba expedito. Los qapharianos irían a la Tierra y...

El sargento Víctor Kottash, su fiel ordenanza, entró en la cámara con una taza de café en la mano. A pesar de las enormes velocidades que alcanzaba la nave, sus sistemas antigravedad permitían una estabilidad absoluta, tanto como si estuviese anclada en el suelo.

—Señor, esto marcha muy mal —dijo Kottash desanimado.

Eldon tomó la taza y contempló la pantalla.

—Es inútil proseguir —murmuró—. Llamaré al comandante en jefe y le diré cuál es nuestra situación, aunque de sobra sé que él puede verlo perfectamente en su pantalla de observación.

—Les hemos dado un buen castigo, señor —dijo el sargento, en tono admirativo.

— ¿De qué ha servido? Eran muchos más que nosotros —se lamentó Eldon amargamente—. La fuerza del número tenía que dejarse sentir inevitablemente. Nuestro gobierno pudo prever el conflicto y prepararse adecuadamente, pero en lugar de intentar algo, los políticos perdieron tiempo y tiempo en sus conflictos internos, y cuando se quiso remediar algo, ya era tarde.

Eldon contempló con tristeza la pantalla, en la que habían

desaparecido todas las luces menos una. Iba a coger el micrófono, cuando, de pronto, se apagó la última luz.

—La nave insignia ha sido destruida —exclamó Kottash—. Ya sólo quedamos nosotros, señor.

Eldon apretó los dientes. Ahora, su nave era la única superviviente de la orgullosa flota terrestre. Se imaginó el puesto de control central de Qaphar. Seguramente, estaría allí el feroz emperador Sharkon disfrutando con su victoria. Habría pasado miedo en las últimas fases de la batalla, cuando la 25.* Escuadra había podido romper su frente, pero ahora ya todo temor había desaparecido para los qapharianos.

De pronto, Kottash señaló hacia la pantalla:

— ¡Vienen a por nosotros, señor!

Decenas de puntos verdosos convergían hacia un mismo punto. La inmensa mayoría de las naves de Qaphar querían anotarse la última victoria, la destrucción de la única astronave terrestre. Eldon tomó una decisión:

—Habla el comandante —dijo—. Vamos a retirarnos. Necesito toda la fuerza. Descarguen cañones de energía y apliquen su fuerza a los sistemas de impulsión.

—Enterado —contestó el ingeniero jefe.

Un segundo más tarde, Eldon vio brillar tres luces en la consola de mando.

—Sistemas de impulsión con energía total —anunció el ingeniero.

—Gracias.

Eldon tocó sucesivamente varias teclas de distintos colores. Luego apoyó el índice en la otra tecla rotulada «Impulsión total». La nave fue lanzada al subespacio una fracción de segundo antes de que las naves enemigas dispararan sus torpedos nucleares. Ese fue el momento en que Sharkon y su estado mayor vieron desaparecer en la pantalla el último punto rojo.

* * *

La nave se posó lentamente en el suelo. Se abrió una escotilla y Eldon, cansado, con profundas ojeras, agotados los músculos y rotos los nervios contempló el paisaje familiar, que había creído no volvería a ver jamás cuando, seis meses antes, estallara la guerra. Había vuelto en varias ocasiones, para reparación de averías o, simplemente, para tomarse un período de descanso, pero aunque el paisaje era el mismo, había en él una variación que saltaba a la vista inmediatamente.

Las instalaciones estaban completamente abandonadas. No se veía un alma por ninguna parte. Vehículos terrestres aparecían solitarios y desordenados en todos los sitios. Ni siquiera ondeaba en el mástil la bandera de la Tierra.

—Almirante, esto se ha acabado —dijo a sus espaldas el segundo de a bordo.

—Es el fin —añadió el ingeniero.

—No hay nada que hacer —exclamó el oficial de navegación.

El segundo de a bordo, cargado con una bolsa que contenía su equipaje, saltó al suelo.

—Adiós, señor —se despidió simplemente.

Eldon no quiso decir nada. ¿Para qué? Entre tantos miles y miles de astronautas, ellos eran los únicos supervivientes. El personal de tierra había desertado de sus puestos, sabiendo que allí ya no tenía nada que hacer. Los almacenes, los cobertizos, las construcciones de todo tipo estaban completamente abandonados. Uno de los almacenes, precisamente el de víveres, tenía las puertas abiertas y ofrecía claros síntomas de saqueo. Eldon se sintió invadido por una infinita amargura. Los síntomas de descomposición eran evidentes.

Uno tras otro, los miembros de la tripulación fueron abandonando la nave. Extrañamente, Eldon empezó a sentirse más tranquilo, muy relajado. Al menos, se dijo, no tendría que combatir, no tendría que luchar contra su propio miedo, no tendría que dar órdenes de ir hacia adelante sabiendo que se enfrentaba a la muerte.

—Sí, todo se acabó —murmuró, mientras veía a sus tripulantes embarcar en algunos de los automóviles abandonados y dirigirse hacia

la lejana ciudad que se adivinaba apenas en el horizonte.

Cerca del astropuerto circulaba un tren a toda velocidad, desplazándose sobre una vía férrea que se dirigía hacia el sur. Un poco más lejos, se divisaba la colosal autopista, llena de automóviles que iban y venían en ambas direcciones. Era un terrible contraste de normalidad, pensó. En la Tierra, todo tranquilo, todo funcionaba a la perfección.

—Como si no hubiera guerra.

Eldon se volvió, sorprendido.

—Creí haberme quedado solo —dijo.

Kottash meneó la cabeza.

—Le acompaño, almirante —sonrió—. Es decir, si me lo permite.

—Tiene familia, Víctor.

—Puede pasarse sin mí perfectamente, ¿Qué hacemos, señor?

Eldon bajó la vista y contempló su uniforme, sucio y con rasguños en algunas partes. Habían sido muchos días dé pelear sin poder cambiarse de ropa, sin apenas comer ni dormir, pensando únicamente en matar para poder seguir con vida.

—Voy al vestuario, necesito un buen equipo de ropas —dijo.

—Sí, señor.

Lentamente abrumados aún por la derrota, descendieron por la escalerilla y se encaminaron hacia uno de los edificios. Cuando empujaban la puerta, oyeron una voz qué decía;

—El primer ministro Moretti ha presentado su dimisión y el presidente la ha aceptado, encargando a Rupert Dullenby la formación de nuevo gabinete ministerial...

Kottash hizo una mueca.

—Bah, políticos. Todos iguales —dijo despectivo.

—Ese cambio debería haberse efectuado hace mucho tiempo. Tal vez entonces no tendríamos que lamentar la destrucción de nuestra armada espacial —contestó Eldon.

Y avanzó hacia unos estantes, en donde había gran cantidad de prendas de ropas, todas perfectamente estibadas. Alargó la mano hacia un mono de color gris azulado y entonces, alguien le interpeló con muy poca amabilidad:

— ¡Eh! Deje esa ropa quieta. Si necesita prendas de vestuario, llene primero el formulario E-7-22 y luego hablaremos.

Enormemente sorprendidos, los dos hombres se volvieron y contemplaron con ojos atónitos a la mujer que había surgido de forma tan inesperada al otro lado de una pila de fardos que contenían tela.

* * *

Era joven, de mediana estatura y cuerpo bien formado, con los ojos grises y el pelo castaño, muy corto, en melena de paje. Vestía chaquetilla corta, anaranjada, con dos rayas azules en cada hombro, y pantalones ajustados negros, con botas del mismo color, de media caña.

Eldon frunció el ceño.

— ¿Quién es usted? —preguntó.

—Teniente Below, Harmony —dijo la chica—. Jefe de los servicios de vestuario personal.

—Soy el contraalmirante Eldon. Mi ordenanza, el sargento Kottash.

Harmony sonrió burlonamente.

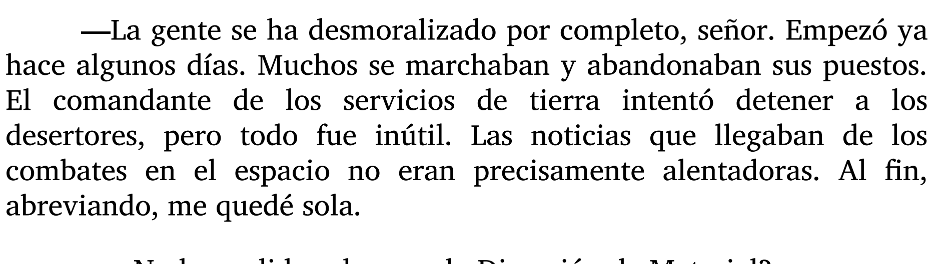
— ¿Contraalmirante? ¿Tan joven? ¿Dónde están las insignias de su grado?

La actitud de Harmony varió radicalmente.

—Lo siento mucho, señor —dijo—. Comprenda mi situación; estoy a cargo de este almacén y todavía no me han relevado...

Eldon frunció el ceño.

— ¿Qué ha pasado, teniente?



—La gente se ha desmoralizado por completo, señor. Empezó ya hace algunos días. Muchos se marchaban y abandonaban sus puestos. El comandante de los servicios de tierra intentó detener a los desertores, pero todo fue inútil. Las noticias que llegaban de los combates en el espacio no eran precisamente alentadoras. Al fin, abreviando, me quedé sola.

— ¿No ha pedido relevo en la Dirección de Material?

—No me contesta nadie, señor. El departamento de guerra está poco menos que abandonado. La descomposición es absoluta, créame.

—Sí, ya lo he visto. Nadie quiere luchar, cuando se sabe que no puede haber victoria.

—Eso es lo que pasa, almirante —dijo Harmony. Movió la cabeza—. Lo cierto es que hemos «disfrutado» de un gobierno que ha sido la catástrofe para nuestro planeta. Ni haciéndolo adrede, podrían haberle salido las cosas peor a Moretti. Espero que el nuevo primer ministro, Dullenby, pueda mejorar la situación, aunque, sin naves de combate, ¿qué podrá hacer?

—De modo que usted se quedó...

—Nadie me relevó —insistió ella.

Eldon sonrió levemente.

—Como el centinela de Pompeya —dijo.

— ¿Señor? —se extrañó Harmony.

—Se lo contaré en otro momento, teniente. Ahora, si me da, por favor, un formulario...

Harmony movió el brazo en semicírculo.

—Tome lo que necesite, señor —invitó—. ¿Quién se va a preocupar ahora por la falta de unos papeles?

—Sí, tiene usted toda la razón, teniente.

—Almirante, creo que yo también voy a abandonar mi puesto. Ya no tiene sentido continuar guardando unas toneladas de ropa. Es decir, si no tiene inconveniente...

Eldon miró con simpatía a la muchacha.

—No seré yo quien me queje de ello —contestó—. A decir verdad, no esperaba ver a nadie ya.

—Me había quedado dormida detrás de esos fardos, en mi hamaca —se justificó Harmony—. Ustedes me despertaron... Pero han vuelto del espacio.

—Somos los únicos supervivientes —explicó Eldon.

—Ya no queda ni una sola nave de combate.

—Ni una, teniente.

Harmony se puso ambas manos en la cara.

—La Tierra está perdida —se lamentó.

Las manos de Eldon se crisparon sobre el traje que acababa de coger del estante.

—Para que eso pueda decirse con plena veracidad, es necesario que los qapharianos invadan y ocupen el planeta —dijo—. Y todavía no lo han invadido ni mucho menos ocupado.

## CAPÍTULO III

—La Tierra está perdida —repitió al día siguiente, el general Ribaz, jefe del Estado Mayor.

— ¿Piensa usted así, señor? —preguntó Eldon, que había considerado correcto hacer una visita al que era uno de sus superiores, en el Departamento de Guerra.

— ¿Qué armas tenemos para oponernos a la invasión, almirante?

—El elemento humano, general.

Ribaz contuvo una carcajada.

—Es usted muy joven e impulsivo, almirante —contestó—. Para los qapharianos será un paseo militar. No podemos pelear, porque sería tanto como luchar con lanzas contra ametralladoras...

—Las lanzas, a veces, bien utilizadas, pueden vencer a las ametralladoras —dijo Eldon enérgicamente.

—Almirante, por favor, no diga más tonterías.

Eldon se puso tieso. Conocía bien a Ribaz y sabía que había sido uno de los favoritos del gabinete Moretti, un hombre adulador e incapaz de decir no a la orden más disparatada, con tal de conservar su rango y sus honores. Hombres como Ribaz, pensó amargamente, habían colaborado tan eficazmente en la destrucción de la armada espacial, como si se hubieran puesto de acuerdo con el enemigo.

Si Segobia hubiera estado en aquel puesto... Pero Segobia no era hombre del agrado de Moretti y había sido relegado a un lugar secundario, sin intervención activa en las operaciones, ni mucho menos, antes, en la tarea de rearmar la Tierra. Moretti había pensado en su electorado antes que en la salvación de la Tierra, había pensado en una disparatada reducción de impuestos más que en la construcción de nuevas flotas de astronaves... y ahora, se tendrían que imponer nuevos impuestos y no había más astronaves de combate.

—Voy a darle un consejo, almirante. Váyase a su casa y descanse. Tiene los nervios alterados y es lógico —dijo Ribaz—. Su sueldo corre igual que si estuviera en activo. No se preocupe por más, ya le encontraremos un puesto adecuado a su innegable capacidad. Eso es todo por ahora, Eldon.

—Sí, señor —dijo el joven rígidamente.

Kottash aguardaba en la antesala y echó a andar junto a Eldon, sin hacerle ninguna pregunta, hasta que estuvieron en la calle.

— ¿Y bien, señor?

—No hay nada que hacer. El clima de derrotismo es absoluto. No parece que seamos terrestres sino borregos, vencidos ya de antemano.

—Sin naves de combate, señor...

—Los qapharianos no podrán utilizar sus naves para atacar en superficie. Si quieren conquistar la Tierra, tendrán que desembarcar. ..y entonces les atacaremos. Nos han destruido la flota, es cierto, aunque a un precio muy elevado, y se lo pensarán dos veces antes de arriesgar la pérdida de varios millones de hombres. Sharkon es muy autoritario y no admite que se contradigan sus órdenes, pero hasta un emperador absoluto como él, tiene que pensar en su pueblo. De momento, la victoria ha podido proporcionarles una gran euforia, pero las cosas cambiarían cuando empezasen a enviar soldados y viesen que no regresaban.

—Aquí habría también muchos muertos —musitó Kottash.

—Los que mueran, morirán por defender su libertad —dijo Eldon apasionadamente.

Entró en el automóvil y esperó a que Kottash ocupase el puesto del conductor.

— ¿Adonde le llevo ahora, señor?

—A la residencia del almirante Segobia —dijo el joven—. Quiero conocer su opinión sobre el particular e informarle de lo que ha sucedido.

—Sí, señor.

* * *

—Ha sido una catástrofe, en efecto —admitió el almirante Segobia—. Pero no por ello debemos darnos por vencidos.

Eldon sonrió, mientras aceptaba la copa que le tendía su anfitrión.

—Menos mal que encuentro a alguien que no acepta del todo la derrota —dijo.

—No soy hombre que se dé por vencido mientras me quede un soplo de vida. Pero lodo esto se hubiera podido evitar, si Moretti

hubiera sido más resuelto, menos acomodaticio. Cierto que tenía que atender también las demandas de sus electores, pero pudo haber rechazado las presiones que ejercía Qaphar, para evitar nuestro rearme. No lo hizo así, y ahora estamos pagando las consecuencias… y puede que sigamos pagándolas durante varias generaciones.

Segobia apuró su copa y la dejó a un lado.

—Estoy enterado de la táctica que empleó para atacar a la flota enemiga por retaguardia. Con un par de escuadras más, podría haberles derrotado y Sharkon habría tenido que tragarse sus bravatas. Les hizo sentir lo que es miedo, Mark.

Eldon sonrió.

—Las noticias corren mucho —dijo—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Tengo buenos amigos en la embajada de Erquist II. Los erquistinos son neutrales en este conflicto, usted lo sabe bien, pero están siempre muy bien informados.

—El almirante enemigo situó mal sus fuerzas. Dejó un resquicio y pasé al otro lado.

—Lo sé —dijo Segobia—. Bien, mi joven amigo, ¿qué piensa hacer ahora que está en paro?

La expresión era completamente acertada, pensó Eldon, mientras miraba con ojos tristes el emblema que lucía en el lado izquierdo de su pecho: una estrella de tres puntas, azul, con filete dorado, en fondo rojo. «Un almirante sin una nave siquiera que mandar», pensó.

—Descansaré, no tengo otra alternativa —contestó.

—La fuerza espacial se ha descompuesto, no es más que un cadáver que sólo tiene representación activa en los despachos. El ejército de tierra aún conserva parte de su cohesión y hay unidades muy disciplinadas, pero me temo que muy pronto le alcanzarán las oleadas de desmoralización que han deshecho al personal de tierra de la armada espacial.

—La disciplina se puede restablecer, señor —dijo Eldon apasionadamente.

—Si nos vemos apoyados por el gobierno, si el gobierno se deja de politiquerías y adopta una actitud firme, tal vez. De lo contrario…

—Segobia meneó la cabeza—. Me siento muy pesimista, Mark, se lo aseguro.

—Dullenby va a ser nombrado primer ministro. Fue quien más se opuso a la política destructivamente apaciguadora de Moretti. Lo llamaban halcón, buscador de guerras, provocador de conflictos..., pero fue el único que supo ver claro y predecir lo que podía suceder. Ahora, claro, todos le reconocen esas virtudes, cuando toda nuestra armada no es sino polvillo cósmico que flota en el espacio, cuando las puertas para los invasores han quedado abiertas de par en par... Demasiado tarde, almirante, demasiado tarde.

Segobia puso una mano en el hombro del impulsivo joven.

—Mark, sólo es demasiado tarde cuando se está muerto —dijo —. Mientras se vive, hay esperanza.

Eldon miró fijamente al veterano almirante.

—Señor, llámeme cuando lo desee —se ofreció.

—Le llamaré, descuide —aseguró Segobia.

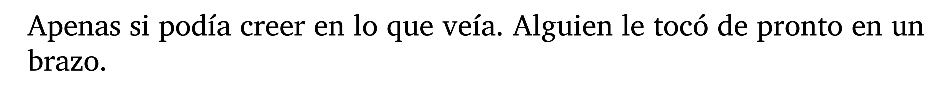
* * *

Era increíble, pensó Eldon. En la Tierra no parecía haber ocurrido nada. Nadie parecía afligido por la pérdida de toda una armada espacial, más de tres mil naves de combate, con sesenta mil hombres.

Todo seguía lo mismo, la gente se veía feliz, dichosa, yendo y viniendo a sus trabajos, sin mencionar para nada la guerra. Los locales de espectáculos y los teatros estaban llenos a rebosar. Los estadios donde se celebraban competiciones deportivas se veían atestados de público.

Sin embargo, en alguna parte, sesenta mil familias lloraban en silencio a los héroes que se habían sacrificado por la libertad y la independencia de la Tierra. ¿Había sido un sacrificio en vano?, se preguntó Eldon, acongojado.

Aturdido, desconcertado, paseaba por la calle sin rumbo fijo.


Apenas si podía creer en lo que veía. Alguien le tocó de pronto en un brazo.

—Almirante...

Eldon se sorprendió al reconocer a la teniente Below.

—Hola —sonrió—. ¿Cómo está?

—Perdón, señor. Le he visto solo y... Espero no haberle molestado —dijo Harmony tímidamente.

—No se preocupe —contestó él—. Simplemente estaba dándome un paseo antes de volver a casa. ¿Y usted?

—Estoy invitada a cenar en casa de unos amigos, pero no sé si acudiré. Son gente muy buena, pero también muy pesados y aburridos.

—Entonces, no vaya —aconsejó él—. La invitaría yo a cenar, pero me temo que voy a resultar aún más aburrido. Sinceramente, me siento desanimado.

—Usted hizo lo que pudo; no tiene que hacerse ningún reproche, señor. —Harmony movió la mano—. Estos sí que tienen mucho que reprocharse —añadió—. Viven felices, egoístas, sin pensar en los que murieron para que pudieran continuar con este género de existencia, libres, sin estar sometidos al dictado de unos extranjeros... Pero lo que ahora son risas, será llanto a no tardar mucho.

—Usted también cree en la invasión, teniente.

—Sí, señor. He hablado con más de uno y me han tachado de loca. Los qapharianos no se atreverán a atacar directamente a la Tierra, dicen. Yo pienso todo lo contrario. La destrucción de nuestra armada es el primer paso para la consecución de sus planes.

De pronto, Eldon agarró a la joven por un brazo y la empujó hacia una taberna próxima.

—Vamos a echar un trago —propuso.

—Sí, nos conviene a los dos —aceptó ella jovialmente.

Momentos después, estaban sentados a ambos lados de una mesa. Había una vasija de vidrio, con vela, en el centro, y Eldon la apartó a un lado, para poder contemplar mejor el gracioso rostro de la

muchacha.

—Almirante, tiene que explicarme usted el significado del centinela de Pompeya —dijo ella, después de los primeros sorbos.

—Oh, sí, es verdad, lo había olvidado —sonrió Eldon—. Bien, ocurrió en el año 78 antes de nuestra Era. El Vesubio entró en erupción y sus cenizas y sus ríos de lava aniquilaron a dos poblaciones llamadas Pompeya y Herculano. Muchos siglos después, se iniciaron las excavaciones arqueológicas y se encontró, perfectamente conservado, o casi, el cuerpo de un legionario romano, al que le había sido asignado un puesto de centinela, y que no abandonó porque no le había llegado el relevo. Murió, firme en su puesto.

—Yo he abandonado ese puesto, señor —dijo Harmony tristemente.

—La situación es distinta. No hay nada que guardar ya.

—Quizá las cosas cambien ahora, con el nuevo primer ministro —apuntó la muchacha.

—Esperemos que sepa infundir un nuevo aire a la política. —Eldon añadió, sonriendo—; Mientras tanto, usted y yo, en paro.

—Nadie me ha dicho nada, ni me han buscado para asignarme otro puesto… El Departamento Espacial es un cadáver absolutamente descompuesto.

Eldon recordó su entrevista con Ribaz y asintió.

—Sí, completamente deshecho —convino—. Pero ¿por qué no hablamos un poco más de nosotros mismos y nos olvidamos de esos problemas que, por ahora, no podemos resolver?

—Bien, ¿qué quiere que le cuente de mí, almirante?

—Lo primero que debe hacer es olvidar el rango y llamarme por mi nombre, Mark.

—Sí, señor.

—Sí, Mark —dijo él intencionadamente.

—De acuerdo. Yo me llamo Harmony —le recordó ella.

Eldon alargó su mano a través de la mesa.

—Encantado, Harmony.

— ¿Qué tal, Mark?

De pronto, se oyó una voz aflautada que remedaba a la de la muchacha.

— ¿Qué tal, Mark?

Eldon volvió la cabeza. En pie, junto a la mesa, un individuo, evidentemente con unos tragos de más, les miraba burlonamente, con una copa llena en la mano derecha.

—Mark, cariñito, estás muy guapo con tu uniforme de almirante —dijo el borracho siguiendo con su voz aflautada—. Me gustas tanto, que voy a llevarte ahora mismo a la cama. Los almirantes me chiflan, encantado...

Harmony lanzó un grito de indignación. Eldon apretó los labios.

—Será mejor que nos deje en paz, amigo. No le molestamos a usted y no quiero que nos moleste.

—De modo que el héroe no quiere que le moleste, ¿eh? ¿Héroe? ¡De opereta, en todo caso! Mientras miles de valientes morían en el espacio, usted, aquí, en la Tierra, disfrutando de la buena vida: juergas, vino, mujeres hermosas... —la voz del beodo se había vuelto repentinamente provocadora—. ¡Soldadito de plomo! —se burló.

De pronto, lanzó una obscena interjección, a la vez que arrojaba el contenido de su copa a la cara del joven.

— ¡Cobarde! ¡Eres un cobarde y los cobardes me dan asco! —le apostrofó insultantemente.

Entonces, Eldon, que hasta aquel momento había procurado mantener la serenidad, lo vio todo rojo y cargó contra el sujeto.

## CAPÍTULO IV

—La primera fase ha concluido —dijo Su Magnificencia Sharkon VIII, Emperador de Qaphar—. La armada terrestre ha sido completamente destruida. Ya no pueden oponerse a nuestras propuestas. Por tanto, sólo falta pasar a la segunda parte de la operación. ¿Qué opina mi ministro de Asuntos Interplanetarios?

_ El consultado, Rebr-Han, hombre de unos sesenta años y mirada aguda, hizo un gesto que no era precisamente de optimismo.

—Majestad, la Tierra no está aún derrotada —contestó.

—Se ha quedado sin defensas exteriores —alegó Jhiffork, presente en aquella reunión, de carácter muy restringido, ya que sólo asistían los tres personajes.

—Lo sé —dijo Rebr-Han—. Sé que en estos momentos, a los terrestres no les queda ninguna nave de combate. Sólo tienen las astronaves comerciales, estacionadas en sus astropuertos o en los de otros planetas a los que habían viajado, y no se atreven a despegar, temerosos de que sean capturadas por nuestras naves de vigilancia y control. Pero no hemos ocupado el suelo terrestre ni hemos derrotado a su ejército de tierra. Y mientras eso no suceda, no podremos hablar de victoria...

—Rebr-Han, tú siempre fuiste un pesimista —dijo Jhiffork burlonamente—. Tenemos ya en un puño a la Tierra y piensas que podemos perder.

—Soy realista, almirante —contestó el ministro con sequedad—. Conozco bien a los terrestres; son muy duros y tenaces, y sólo cederán cuando no puedan soportarlo más..., lo cual, probablemente, ocurrirá cuando todos ellos hayan muerto.

—Temo que estás equivocado, ministro —intervino el emperador—. Puede que haya algunos terrestres con esas características personales, como tú dices, pero la inmensa mayoría se han desentendido del conflicto. Son gente a quienes no les importa el

que mande, con tal de que ellos puedan seguir viviendo bien. La Tierra, actualmente, y he hecho estudios sobrados de historia para saber lo que me digo, está en la fase declinante de los grandes imperios y que en todos se ha producido inevitablemente. El lujo, las comodidades, la buena vida, las facilidades de todo género para la existencia… eso ablanda y los hace permeables a cualquier influencia y anula por completo toda voluntad de lucha. No, no se resistirán mucho, lo digo con absoluta confianza en el futuro.

—Estoy completamente de acuerdo con vuestra majestad —declaró Jhiffork aduladoramente. Se golpeó el pecho con aire orgulloso—. Yo y mis soldados de todas clases podemos solucionar este problema sin demasiadas dificultades, señor.

—A mí me corresponde el papel de abogado del diablo —dijo Rebr-Han—. Siento tener que moderar sus entusiasmos, pero no sería fiel a mí mismo si no expusiera con toda claridad las dificultades que, en mi opinión, vamos a encontrarnos en el camino de la victoria, victoria, que dicho sea en honor a la verdad, yo deseo más que nadie en este mundo. Pero por eso mismo quiero solventar antes todas las dificultades, a fin de evitar fracasos en el momento menos oportuno.

—Bien, entonces, según tú, ¿qué es lo que debemos hacer, ministro? —preguntó Sharkon.

—Es preciso enviar una delegación a la Tierra, con una oferta de paz, que contenga proposiciones muy favorables y en absoluto humillantes, y procurar convencerles de los beneficios que obtendrían firmando un tratado de paz. Generosidad ahora, .aunque parezca blandura por nuestra parte, serán ventajas para el futuro. Tendremos que enfrentarnos con terrestres hostiles, esto es indudable, pero también abundan los neutrales, y son más. Si, con un comportamiento generoso nos ganamos a los neutrales, nuestra labor se verá enormemente facilitada. Pero si actuamos con dureza…

Rebr-Han no quiso completar la frase. Pensó: «Los terrestres despertarán y entonces será algo terrible.»

—Bueno —dijo Sharkon, hondamente impresionado por el discurso de su ministro—, en principio, yo también me siento inclinado a la benevolencia. Pero sí ellos no quieren aceptar nuestras propuestas, ¿qué podemos hacer?

—Y, además, era preciso contar con Erquist IV —advirtió Rebr-Han.

— ¿Erquist IV? —se extrañó Sharkon—. ¿Qué pintan los erquistianos en todo este asunto?

—Sólo debo decir a su majestad una cosa: a toda costa hemos de mantener su neutralidad. Porque si Erquist IV considerase que nuestra actitud lesiona sus intereses, las consecuencias podrían ser terribles para nosotros.

—Erquist IV no tiene nada que ver con este conflicto —declaró el almirante—. Sólo faltaría que tuviésemos que tolerar sus intromisiones en un problema que no le importa en absoluto.

—Puede que sí le importe… —empezó a decir Rebr-Han, pero un leve tañido le interrumpió repentinamente y se calló.

Sharkon tocó una tecla y se inclinó hacia el interfono que tenía al lado.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué nos interrumpen, cuando di orden de que no debíamos ser molestados en absoluto?

—Perdón, majestad —dijo un secretario—. La importancia de la noticia es tal, que no he podido por menos de arriesgarme a quebrantar las órdenes de vuestra majestad. El presidente de la Tierra ha nombrado a Dullenby primer ministro.

Rebr-Han se puso pálido.

—Es lo peor que podía ocurrimos —exclamó—. Dullenby pertenece al grupo de los «halcones». Tiene mucho predicamento en gran parte del pueblo y una capacidad de persuasión increíble.

—Lo cual no le sirvió para ocupar este puesto hace dos años —dijo Jhiffork despectivamente.

—Las intrigas políticas son mucho más efectivas en tiempo de paz. Ahora, en tiempos de guerra, cuando los terrestres ven asomar las orejas al lobo, Dullenby podrá llevar a cabo el programa de rearme que entonces no pudo realizar.

—Un rearme es cosa que lleva siempre mucho tiempo, ministro —dijo Sharkon.

—Pero, que, inevitablemente, se cumple si hay voluntad para ello, y Dullenby es de hierro, majestad.

Jhiffork pegó un puñetazo sobre la mesa.

—Entonces, si se niegan a aceptar nuestras proposiciones, tendremos que poner en práctica la «Operación Incubadora» —exclamó.

—En efecto —aprobó Sharkon—. Almirante, ¿de cuantas unidades disponemos?

—Para la primera fase, de seis mil, más treinta unidades de aprovisionamiento y transporte. En una segunda fase, que estaría completa dentro de un año, podríamos disponer del doble de unidades, lo cual sería suficiente para que la Tierra, con o sin Dullenby, doble la rodilla y acceda a nuestras proposiciones.

Sharkon se volvió hacia su ministro de Asuntos Interplanetarios:

—Rebr-Han, encárgate de la misión que debe viajar a la Tierra y formular nuestras propuestas a su gobierno. Si vuelven con las manos vacías...

—Será cosa de pronunciar la orden que todos deseamos, majestad. ¡Destruid ese planeta! —exclamó Jhiffork.

* * *

Estaba tumbado en el camastro, cuando un guardia le llamó:

—Mark Eldon, salga.

El joven se puso en pie. Recogió su cazadora y atravesó la cancela de su celda. Una vez arriba, en el despacho del oficial de Policía, se hizo cargo de sus objetos personales y firmó el recibo correspondiente.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué me sueltan sin ir a juicio? —preguntó.

El oficial de Policía le entregó una tarjeta:

—Acuda a esta dirección, almirante —indicó.

Eldon contuvo una exclamación de sorpresa.

—Conque ha sido él… —murmuró.

—Siento lo ocurrido, almirante —se excusó el policía—. Pero, compréndalo, mis hombres tenían que cumplir con la ley.

—Yo la quebranté, debo admitirlo —sonrió Eldon—. No pude contenerme…

—Entre nosotros, almirante; hizo bien —dijo el policía—. Aquel borracho se merecía una buena lección.

—Está en el hospital con la mandíbula rota.

—Así aprenderá a evitar los peligros de la bebida, señor. Su caso ha sido cancelado y usted se imagina fácilmente los motivos.

—Sí, me lo figuro. Gracias, teniente.

—Buena suerte, señor.

Una hora más tarde, Eldon entraba en una residencia particular, situada a cuarenta kilómetros de la capital. Era una villa más bien modesta, rodeada por un pequeño jardín, de] que, en aquellos momentos, se cuidaba un hombre de mediana edad. Ataviado con una camisa a cuadros y pantalón de peto azul, cubierta la cabeza con un sombrero de paja, el almirante Segobia ofrecía un aspecto radicalmente distinto al que tenía de forma habitual.

—Me alegro de verle, muchacho —dijo Segobia—. ¿Qué tal lo ha pasado en la cárcel?

—No muy bien, señor. Pero ya lo he olvidado.

—Tiene usted granito en el puño derecho —rió el almirante—. Le dio fuerte al tipo, ¿eh?

—No pude contenerme, señor. Lo que me dijo, me enfureció de tal manera, que…

—Está bien, está bien, dejemos eso, Mark. —Segobia se quitó los guantes de jardinero y los dejó a un lado, junto con la podadora—. Vamos al emparrado; mi esposa nos servirá café y hablaremos.

—Sí, señor.

Era un lugar muy agradable, reconoció Eldon. El jardín ofrecía un aspecto maravilloso. Era el hobby del almirante y sus rosas habían

ganado primeros premios en más de un concurso.

—Si perdiera el empleo, podría ganarme la vida como experto en jardinería —dijo Segobia alegremente, cuando llegaban al emparrado—. María —llamó—. Trae café, por favor.

La señora Segobia salió a los pocos momentos con una bandeja en las manos.

—Mark, hijo, cómo me alegro de verte —saludó afectuosamente.

—Gracias, señora. Yo también celebro mucho verla a usted. —Eldon volvió la vista hacia el almirante—. Señor, ¿no tiene miedo de que un día le roben esta beldad?

La señora Segobia se echó a reír.

—Ya tengo mis añitos, muchacho, y nadie querría cargar conmigo a estas alturas.

—Sólo yo, y porque no tengo otro remedio —exclamó el almirante con jovial acento.

—Qué harías tú, si yo te dejara, ¿eh? —dijo María de Segobia, con no menor jovialidad. Besó a su esposo en la mejilla y se incorporó—. Les dejo solos, tienen mucho de que hablar y no quiero ser un estorbo para ustedes.

Segobia llenó la taza del joven. Eldon puso un par de terrones y movió la cucharilla en silencio, aguardando a que fuese su superior quien rompiese aquella momentánea pausa de silencio. Al fin, tras unos sorbos de la infusión, Segobia empezó a hablar:

—Mark, usted ya sabe que tenemos nuevo gobierno. Dullenby es el primer ministro y ya ha expuesto, aunque privadamente, su programa, en el que, lógicamente, se incluye la resistencia a las pretensiones de Qaphar. Pero eso no es posible sin las armas adecuadas, como puede comprender fácilmente.

Segobia apuró su taza y continuó:

—He tenido una conversación reservada con el primer ministro. Está dispuesto a una resistencia a ultranza. Y me ha nombrado director de rearme.

—Le felicito, señor —dijo Eldon.

—Gracias. Sin embargo, rearmar no va a ser fácil ni cómodo. Teníamos tres mil naves de combate y ahora sólo nos queda una, precisamente la suya. Disponer de una nueva flota, nos llevaría cinco años o más. Y no podemos perder tanto tiempo.

— ¿Hay otra solución, almirante?

—Construiremos más naves de combate, en efecto, pero, de momento, vamos a conformarnos con el tipo T1. Usted lo conoce, ¿no?

— ¿El T-1? —se sorprendió Eldon—. ¿Una nave enana?

—Un T-1, sobre todo, ya iniciado el programa de construcción, puede estar listo en dos semanas. Una nave de combate cuesta varios meses, cinco o seis, por lo menos. La diferencia, como puede comprender, es obvia.

—Pero la T-1 sólo puede utilizarse en cotas subatmosféricas... A más de doscientos kilómetros del suelo, ya es inútil...

—Lo sé, pero, por el momento, insisto, es nuestra única solución. Una vez en marcha la cadena de producción, podríamos lanzar cientos de T-1 mensuales. De este modo, lucharíamos contra los invasores y los mantendríamos a raya, mientras las fábricas construyen las naves espaciales. Será una lucha larga, con pérdidas inevitables..., pero es lo único que podemos hacer, si queremos ser libres e independientes.

—Sí, aguantar al enemigo hasta el momento de poder pasar al contraataque —dijo Eldon pensativamente.

—Exacto —corroboró Segobia—. Es más, nuestra nueva flota de combate podría disponer ya del arma subespacial. ¡Una sola de nuestras astronaves podría barrer en segundos a toda una escuadra qaphariana, mandándola al subespacio!

—Y como ese salto subespacial no habría sido efectuado por sus propios generadores, ya no podrían regresar jamás al espacio normal.

—En todo caso, regresarían en un punto situado a tal distancia, que ya no tendrían tiempo de intervenir en la siguiente fase de la batalla. Y, cada vez que nos enfrentásemos, volveríamos a mandarlos al subespacio. Las naves de Qaphar desempeñarían el papel de la pelota rebotando constantemente contra una pared de cemento.

—Es una metáfora enteramente acertada, señor.

—Pero, para ello, es necesario que ganemos tiempo y sólo lo conseguiremos mediante el uso masivo de las T-1 en nuestra atmósfera, para poder rechazar las naves invasoras. Mark, ¿quiere aceptar el puesto de director ejecutivo de esta fase del rearme?

Eldon miró fijamente a su interlocutor.

— ¿Para eso me ha llamado, señor?

—Sí. Mark, si acepta, tendrá las manos libres, carta blanca, en suma.

—De todas formas, iniciar la producción de las T-1 no será cosa fácil, almirante —objetó el joven.

Segobia se echó a reír.

—Hay asuntos de política en los que usted no está bien impuesto —dijo—. La producción de T-1, si no fue desechada totalmente, tampoco se interrumpió de una manera absoluta. Esa factoría fue dada de lado en los programas de armamento del anterior gobierno, pero, paradójicamente, no cercenaron su presupuesto. Es como tener un coche guardado en el garaje, pero en perfecto estado y capaz de funcionar en el momento que se necesite, ¿comprende?

—En las metáforas no falla usted una, señor —rió también Eldon de buena gana—. Acepto el puesto, pero...

—Diga, Mark.

— ¿Puedo elegir a mis colaboradores?

—Le he dicho antes que tendrá plena libertad de acción —contestó Segobia.

—Entonces, aparte de mi ordenanza, el sargento Kottash, llamaré a la teniente Below. Estaba al cargo del almacén de vestuario del astropuerto y se mantuvo en su puesto, como el centinela de Pompeya. Puede ser un buen administrativo, señor.

—Proponga el nombramiento y yo lo confirmaré inmediatamente.

Los ojos de Segobia centellearon.

—Será una lucha dura y encarnizada, pero ahora tenemos un gabinete que está dispuesto a llegar hasta el final en una guerra que

no hemos provocado nosotros —dijo.

—Las cosas, así, se harán mucho más fáciles —vaticinó Eldon.

La victoria llegaría finalmente, pensó, pero antes habría que pelear a fondo y no dejarse desanimar jamás por las derrotas parciales. Pero la libertad y la independencia de la Tierra, bien merecían la pena cualquier sacrificio.

## CAPÍTULO V

La T-1 era poco más que un cajón con una alas minúsculas, pero podía moverse a velocidades inconcebibles y tenía una capacidad de maniobra realmente asombrosa. Pilotando uno de los prototipos, Eldon se lanzó hacia abajo a miles de kilómetros por hora.

La tierra se aproximó vertiginosamente. Con el ojo en el visor, Eldon movió los controles muy ligeramente, hasta centrar el blanco. Entonces, pulsó el botón de disparo.

Dos proyectiles de un calibre no superior a los 75 mm salieron disparados a cien mil kilómetros por hora. A doscientos metros del blanco, el radar de aproximación activó la espoleta de ignición y el proyectil estalló devastadoramente, con una potencia de deflagración equivalente a la de dos toneladas y media de dinamita.

El radar anticolisión funcionó perfectamente y la T-1 se enderezó a ras de suelo. Eldon activó los mecanismos de freno antigravitatorio y la navecilla se detuvo en menos de doscientos metros. Luego, volando a pocos kilómetros por hora, emprendió el regreso al astropuerto de pruebas, donde ya le esperaban dos personas: Harmony y el sargento Kottash.

—Un vuelo magnífico, señor —dijo el sargento, mientras ayudaba a Eldon a despojarse del traje de vuelo—. Toda una demostración de habilidad y pericia.

—Gracias, Víctor —sonrió Eldon—. ¿Harmony?

La muchacha, de uniforme aguardaba con una tabla en las manos, a la que había sujetos varios papeles por medio de una pinza metálica.

—Tengo varias firmas para usted, señor —dijo Harmony—. Recepción de materiales, petición de instrumentos... Salarios, primas de vuelo, facturas de víveres...

—Además el piloto de pruebas, burócrata —se quejó Eldon jovialmente—. Harmony, ¿qué haría yo sin usted?

—Bah, se arreglaría igual con otro oficial administrativo —contestó la joven.

—Pero hay pocos tan eficientes como usted, ¿no es cierto, sargento?

—La teniente tiene algo más que eficiencia, señor —contestó Kottash maliciosamente.

—Eso es cosa de la madre naturaleza, a la cual hemos de dar las gracias más fervientes —rió Eldon.

Harmony se ruborizó.

—Almirante, estamos de servicio —le recordó. —Entonces, para cuando dejemos de estarlo, le invito a comer.

—Espero que no nos encontremos con ningún borracho —dijo ella, con una chispa de malicia en la mirada.

—Yo también... Por cierto, ¿han llegado ya los nuevos generadores de emergencia?

—Los estamos esperando, Mark —contestó Harmony.

—Confío en que lleguen pronto. La autonomía del T-1 se verá así duplicada. Con el actual sistema de propulsión, apenas si podemos mantenernos en vuelo más allá de cuatro horas. Eso no es suficiente.

—Puse en la hoja de pedido el sello de PREFERENCIA ABSOLUTA. Esto espabilará al director de la factoría.

—Esperémoslo —dijo Eldon. Ya se había despojado del equipo de vuelo y se encaminó hacia el cochecito eléctrico que le llevaría a su despacho—. Vamos a dedicar un rato a la burocracia —añadió.

—Y también a presenciar la entrevista de Dullenby con Rebr-Han. —Harmony levantó un poco su muñeca izquierda—. Faltan seis minutos solamente, Mark.

Eldon asintió.

—No me lo perdería por nada del mundo —contestó.

A Rebr-Han se lo llevaban los demonios, pero había tenido que ceder a la fuerza. Rebr-Han estaba en suelo ajeno y no tenía otro remedio que bailar al son que le tocaba su contrincante, Rupert Dullenby, primer ministro de la Tierra.

Dullenby había exigido que la entrevista fuese televisada. Cuando, por mediación de la embajada de Erquist IV recibió la petición de audiencia de Rebr-Han, puso como condición ineludible para recibir al ministro qaphariano que todo el mundo supiese de qué hablaban y qué temas se iban a tratar en la entrevista. Por tanto, Rebr-Han se sentía terriblemente incómodo, bajo la luz de los focos y con los implacables ojos de las cámaras fijos en él, como protagonista de un encuentro verbal en que se iba a decidir el destino de la Tierra.

Sentado frente a él, Dullenby, que había asumido también la cartera de Asuntos Interplanetarios, le invitó a hablar, después de los primeros y glaciales saludos de cortesía.

—Hemos venido a traer la paz —dijo Rebr-Han—. Han muerto ya muchos hombres jóvenes. No queremos que se derrame más sangre. Sólo deseamos el bien de los dos planetas, y lo conseguiremos si nos ponemos de acuerdo para la redacción de las cláusulas de un tratado de paz, que se firmaría solemnemente, una vez aprobado por los gobiernos de ambos planetas.

—La paz, señor ministro, es lo que nosotros teníamos, antes de ser injustamente atacados por vuestras fuerzas armadas. No fuimos nosotros quienes iniciamos el conflicto, a pesar de que se haya querido presentar así a la opinión pública, mediante informaciones deliberadamente falseadas e injuriosamente calumniosas. Estamos en guerra, y no por nuestra voluntad, sino porque una potencia ajena nos impuso ese conflicto. Usted, señor ministro, puede seguir instrucciones de su gobierno y decir lo que quiera a este respecto, pero íntimamente está convencido de que la razón no asiste a Qaphar. La razón está de nuestra parte y se sabe en toda la Galaxia.

—Deberíamos ahora dejarnos de motivos y atenernos a lo principal —dijo Rebr-Han, tratando de ocultar la crispación de sus

facciones—. No importa ahora quién inició el conflicto, sino sus consecuencias. Y para la Tierra pueden ser gravísimas, si no acepta nuestras condiciones.

—Aún no sabemos cuáles son, señor ministro.

—Primeramente, aceptación de un protectorado por parte de Qaphar. No intervendremos en los asuntos internos de la Tierra, a menos que amenacen directamente a la estabilidad política de Qaphar...

—Lo cual, sin duda alguna, incluye la prohibición de llamar tirano y asesino a su emperador.

Rebr-Han enrojeció vivamente.

—Su Majestad Sharkon VIII es un hombre amante de la paz, que sólo decretó la guerra cuando todos los demás medios resultaron inútiles. Pero, aun así, no coartaremos su libertad de expresión ni estableceremos censores en los periódicos, en la radio y en la televisión. Una vez que la Tierra admita ser protectorado de Qaphar, el estado de guerra cesará inmediatamente.

— ¿Qué más, señor ministro?

—La protección de Qaphar, inevitablemente, no se realizaría sin gastos muy onerosos. Por esa protección, la Tierra tendría que pagar una cantidad equivalente a la diezmilésima parte de sus ingresos tributarios, suma que podría ser abonada bien en metálico, bien en especies.

—La diezmilésima parle de los impuestos terrestres es una cifra exorbitante; asciende a cientos de miles de millones. Prácticamente, no habría billetes suficientes para pagar esa... «contribución». Naturalmente, tendríamos que enviar materias primas, elementos manufacturados... y mano de obra para los campos y las minas de Qaphar, ¿no es así?

Rebr-Han se removió inquieto en su asiento.

—En el tratado no se incluirá ninguna cláusula que obligue a enviar un cupo de personas, calificadas como trabajadores forzosos. Pero sí aceptaremos voluntarios, por supuesto.

—Y los encontrarían, desde luego; siempre hay traidores a su propio planeta. Pero no podemos aceptar ninguno de los términos de

ese tratado por dos razones elementalísimas ¡ primero, somos independientes y queremos seguir siéndolo en lo sucesivo; y el protectorado de Qaphar, por benigno que fuese, cosa que dudo mucho, iría endureciéndose progresivamente, hasta reducirnos al papel de simples esclavos de su emperador. Y, segundo, puesto que nosotros no iniciamos el conflicto, pese a la propaganda en contra, no nos consideramos obligados a darlo por terminado.

— ¿Quiere eso decir, señor primer ministro, que habrá de continuar el estado de guerra?

—Sí —contestó Dullenby firmemente.

—Está condenando a miles de inocentes que desearían vivir...

—Estoy buscando la libertad para mis conciudadanos. Morirán muchos terrestres, es indudable, pero sus muertes mancharán para siempre el escudo de armas de Qaphar. Y los pocos que sobrevivan, vivirán libres y no estarán sujetos sino a un gobierno que ellos mismos hayan elegido, sin indicaciones ni presiones ajenas. Porque en el tratado de protectorado, y no me lo negará usted, se incluirá el derecho al veto sobre un nuevo gobierno terrestre. ¿O no será así, señor ministro?

Rebr-Han asintió.

—Por supuesto —admitió.

—Entonces, señor ministro, puede volver a su planeta y comunicar mi respuesta a su emperador. La Tierra no se rinde ni se rendirá jamás.

—Señor primer ministro, desearía hacer saber a su excelencia...

—La entrevista ha terminado —cortó Dullenby glacialmente.

—He venido a traer la paz. Me vuelvo con la guerra —dijo Rebr-Han.

—No elegimos nosotros ese camino, señor —finalizó Dullenby en un tono que no admitía réplica.

* * *

—Los tiene bien puestos, señor —comentó Kottash, después de que se hubiera apagado el televisor en el que, al igual que millones de terrestres, había presenciado la entrevista entre Dullenby y Rebr-Han.

—Víctor, que hay damas delante —sonrió Eldon.

—La frase es enteramente acertada —observó Harmony—. Y somos muchos los que pensamos como él.

—Sí, pero... hay tantos neutrales e indiferentes... —se lamentó Eldon.

—Es algo con lo que debemos contar inevitablemente —dijo la muchacha—. Pero no por ello nos vamos a desanimar, opino.

—Por supuesto. Sin embargo, ¿qué pensarán hacer los qapharianos? ¿Cómo piensan invadir nuestro planeta?

—Se necesitan muchos miles de naves, señor —dijo Kottash.

—Y millones de soldados, pero Qaphar posee la suficiente fuerza para preparar esa colosal armada invasora. Sin embargo...

Un leve tañido sonó en aquel momento. Interrumpiéndose, Eldon tocó la palanquita del videófono, en cuya pantalla apareció de inmediato el rostro del almirante Segobia.

—Mark, ¿ha presenciado la entrevista?

—Sí, señor; no me he perdido una sola sílaba de cada palabra que se ha pronunciado —respondió Eldon.

—Esto significa la reactivación del conflicto, muchacho. Ignoramos cómo y cuándo atacarán los qapharianos, pero debemos estar preparados para lo que sucederá inevitablemente en cualquier momento.

—Estamos preparados, señor; pero, tenemos aún tan pocos T-1... La cadena de producción trabaja al máximo y los entrenamientos de los pilotos son constantes. Sin embargo, y en comparación con la fuerza atacante, nuestro número es aún irrisorio...

—Lo sé, y me doy cuenta de que nuestra situación es muy crítica. Pero, a pesar de todo, no debemos dejarnos llevar por el desaliento. ¿Cómo van los vuelos de prueba, Mark?

—Perfectamente, señor; sólo nos faltan los generadores de emergencia, para aumentar hasta casi el doble la autonomía del aparato. El armamento funciona magníficamente y la maniobrabilidad es absoluta. Dentro de un par de semanas, podré tener en vuelo un centenar de aparatos.

—Haga lo que pueda, Mark. Yo me siento muy preocupado, francamente. Después de la respuesta de Dullenby, Qaphar pondrá en marcha la «Operación Incubadora» que, francamente, no sabemos qué es.

—Vaya un nombrecito raro —se asombró Eldon—. ¿Cómo lo han averiguado, señor?

—Nosotros también tenemos un buen servicio de información, aunque, por desgracia, sólo hemos podido llegar hasta el nombre, pero sin llegar a descifrar su significado. De todos modos, continúe con su trabajo. No se desanime, Mark.

—Descuide, señor.

La pantalla se apagó. Eldon juntó las manos y entrelazó los dedos.

—«Operación Incubadora» —murmuró—. ¿Qué puede significar eso?

—Las gallinas ponen huevos, los incuban y salen pollitos. Pero también hay incubadoras artificiales —dijo Harmony—. Salvo que, en este caso, incuben armas nuevas.

—Sí, armas nuevas —convino Eldon—. ¿Podremos luchar contra ellas?

—Sólo tendremos la respuesta cuando nos enfrentemos con esas armas —respondió la muchacha.

# CAPÍTULO VI

—He estado estudiando a fondo la historia de la Tierra —dijo Sharkon, con la mano apoyada en un libro de gran tamaño, situado sobre un atril ricamente trabajado—. Hay cosas muy interesantes, créanme.

Jhiffork y Rebr-Han permanecían en pie, silenciosos, en el estudio privado del emperador. El atril se hallaba situado junto a un enorme ventanal desde el que se divisaba un extensísimo panorama, ya que el palacio se hallaba en la cumbre de una montaña, que dominaba con su masa una vasta extensión de terreno.

Muy a lo lejos, se divisaba una cordillera de cumbres nevadas que, en algunos puntos, alcanzaban diez y doce mil metros de altura. Un sector de la cordillera, ya en las inmediaciones de la llanura, estaba cortado casi a pico, en una extensión de seis o siete kilómetros, y la altura media de aquel enorme farallón era de trescientos metros. La Cordillera Máxima era uno de los principales atractivos de Qaphar y los turistas habían abundado enormemente, hasta el estallido del conflicto con la Tierra. Ahora, nadie se acercaba a aquellos parajes, estaba severamente prohibido. Algunos habían intentado hacer caso omiso de la prohibición y las patrullas de guardia, que abundaban extraordinariamente, habían tirado a matar, sin más preámbulos.

Ya no viajaba nadie a la Cordillera Máxima. Antes, era apreciada; ahora, la odiaban.

—Sí, hay cosas muy interesantes en la historia de la Tierra —continuó Sharkon—. Por ejemplo, la guerra entre Roma y Cartago. Había un senador romano, Catón, que decía constantemente una frase contra el enemigo: *Carthago esse delendam.* «Cartago debe ser destruida». Cuando al fin se consiguió, Catón pronunció otra frase: *Carthago delenda est.* «Cartago ha sido destruida».

Los ojos de Sharkon centellearon al mirar a su hiperalmirante.

—Jhiffork, sustituye la palabra Cartago por la palabra Tierra, ¿entendido?

—Sí, majestad. Un día, su majestad, podrá decir: *Terra delenda est,*

Sharkon sonrió satisfecho.

— ¿Qué dice a eso mi ministro de Asuntos Interplanetarios?

—Es probable que, en los primeros momentos, consigamos brillantes victorias, pero después...

— ¿Te sientes pesimista?

—Francamente, sí, majestad.

Sharkon se echó a reír.

—Si no fueras tan bueno en otros aspectos, te destituiría inmediatamente —dijo—. Pero volvamos a lo nuestro. Almirante, ¿está lista la «Operación Incubadora»?

—Sí, majestad, incluyendo la flota de astronaves de transporte.

Jhifford se acercó a una mesa y tomó una cajita que había traído consigo, y que puso inmediatamente en manos de Sharkon.

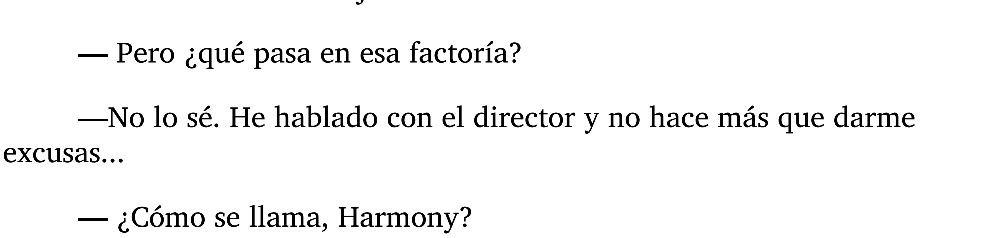
—Basta que su majestad apriete el botón verde, para que la «Operación Incubadora» se inicie en el acto —dijo.

Sharkon lo hizo tal como le indicaban.

Segundos más tarde, en la base de la Cordillera Máxima se abrían cientos de puertas, disimuladas hasta el extremo de parecer que formaban parte del farallón. Lentamente, pero con aterradora seguridad, cientos y cientos de naves empezaron a salir al exterior y se elevaron rumbo al espacio.

* * *

—Los generadores de emergencia no han llegado aún, Mark —informó Harmony.



Eldon lanzó una interjección.

— Pero ¿qué pasa en esa factoría?

—No lo sé. He hablado con el director y no hace más que darme excusas...

— ¿Cómo se llama, Harmony?

—Piotr Rugger.

Eldon alargó una mano hacia el videófono, pero cambió de idea instantáneamente.

—Lo mejor será que hable con él en persona —dijo— ¿Me acompañas, Harmony?

—Desde luego —accedió ella sin vacilar.

Kottash los vio salir de la oficina y corrió hacia el automóvil.

— ¿Almirante? —consultó.

—Vamos a la factoría Ranklar —dijo Eldon.

—Bien, señor.

Segundos después, Kottash lanzaba el coche a toda velocidad por una autopista densamente frecuentada. Una vez en su carril, conectó el piloto automático y el programador hizo el resto durante una hora.

Cuando la lámpara piloto centelleó, indicando que era hora de tomar el control manual nuevamente, Kottash desconectó el automático y se ocupó de conducir el aparato hacia la salida de la autopista. Veinte kilómetros más adelante, detuvo el coche frente a un edificio de imponente aspecto en cuyo frontis se leía: «Factoría Rankhar. Generadores de Emergencia.»

En aquel momento, un hombre salía del edificio de dirección. Harmony frunció el ceño al verle.

— ¿Qué hace aquí ese tipo? —preguntó.

— ¿Lo conoces? —se sorprendió Eldon.

—Me lo presentaron hace tiempo en una fiesta, pero no imaginé que quedasen qapharianos en la Tierra, después de estallada la guerra.

Forma parte del personal de la embajada de Qaphar.

—Todavía quedan algunos diplomáticos de carrera para resolver cuestiones de rutina —dijo Eldon.

—Lo sé, pero... ¿es un asunto de rutina visitar esta factoría?

Eldon contuvo una interjección. El qaphariano había subido ya a su coche y se alejaba rápidamente.

—Bien, vamos a ver a Rugger —dijo.

Una secretaria les recibió poco después.

—Avisaré al director —manifestó.

Eldon y Harmony aguardaron en la antesala. La secretaria apareció a los pocos instantes.

—Pasen, por favor.

Eldon cruzó el umbral. Apenas lo había hecho, se quedó clavado.

— ¡Usted! —exclamó.

El director de la factoría se puso lívido. Semanas antes, Eldon le había fracturado la mandíbula de un tremendo puñetazo.

* * *

Muy turbado, Rugger señaló dos butacas que había ante su mesa de despacho.

—Almirante... Señorita... Por favor, siéntense...

—No hace falta —dijo Eldon secamente—. Vamos a estar sólo unos minutos. Sólo queremos saber por qué no se atienden nuestros pedidos de generadores de emergencia.

—Verá, almirante; en los últimos tiempos... el suministro de materias primas ha sido... ha sido defectuoso... La... la cadena de transporte ha funcionado incorrectamente... Esta es una factoría que trabaja exclusivamente para las fuerzas armadas... Hay mucha

indisciplina entre el personal...

—Eso se podría arreglar con un poco de energía —alegó Eldon.

—Bueno, no me gusta aparecer como un tirano...

—Cuando está en juego la supervivencia del planeta, es preciso actuar con energía, señor Rugger. Hace ya diez semanas que solicitamos los generadores y aún no han enviado uno solo.

—Yo hago lo que puedo...

De pronto, Harmony dio un paso hacia adelante.

— ¿Hace lo que puede o lo que le ordenan, señor Rugger?

— ¿Cómo? No entiendo, señorita.

Harmony se acercó a la mesa, sobre la que había un paquete envuelto en papel recio. Rugger intentó retirarlo, pero ella fue más rápida y se apoderó del objeto.

—Vamos a ver qué hay aquí adentro —dijo.

Eldon estudió críticamente a Rugger. El sujeto estaba pálido como un difunto.

Harmony rasgó la envoltura. Inmediatamente, lanzó una exclamación:

— ¡Billetes de diez mil, Mark!

Rugger boqueaba afanosamente, como si le faltase aire. Hubo un instante de silencio y luego Harmony añadió:

—Mil billetes, Mark.

—Diez millones —dijo Eldon.

—Exacto —corroboró la muchacha.

De pronto, Rugger abrió uno de los cajones de su mesa. Eldon adivinó su intención y saltó hacia adelante, aprisionando con la mano izquierda la muñeca de Rugger. Con la derecha castigó duramente el estómago del sujeto, hasta dejarlo casi inconsciente. Rugger se desplomó, olvidándose del arma que había logrado empuñar, pero que no había tenido tiempo de utilizar, por la veloz reacción del joven.

—Es un traidor —dijo Eldon, hirviendo de furia—. Harmony, llama al almirante Segobia y dile que nos envíe inmediatamente una patrulla de policía militar.

—Está bien, Mark.

Eldon cruzó el despacho y abrió la puerta. La secretaria le miró asombrada. — ¿Almirante?

—Señorita, ¿hay aquí un director adjunto? —Sí, señor; el señor Werr... —Llámelo inmediatamente, por favor. —Bien, almirante.

Eldon volvió al despacho. Rugger, todavía en el suelo, se frotaba con una mano el estómago dolorido.

—Miserable —le apostrofó el joven—. Usted me insultó, llamándome cobarde... A veces se es cobarde, cuando no se puede dominar el miedo, pero eso no es una deshonra, ya que nadie está obligado a ser valiente. Ser traidor y voluntariamente además, sí es deshonroso, pero ello le va a costar a usted prisión de por vida.

Rugger hizo un esfuerzo y sonrió desdeñosamente.

—La guerra está perdida. ¿Por qué no ponerse al lado del vencedor? —respondió, cínico.

Un hombre entró en aquel momento y se quedó desconcertado al presenciar la escena.

—Soy Hassy Werr, director adjunto —se presentó.

—Señor Werr, queda nombrado director de la factoría. Soy el almirante Eldon, delegado ejecutivo de rearme del almirante Segobia. Su jefe, el señor Rugger será acusado de connivencia con el enemigo, es decir, con Qaphar, lo que implica un juicio por traición.

—Un traidor —murmuró Werr—. Ahora se comprenden muchas cosas.

— ¿Por ejemplo...?

—Los retrasos de toda clase en el suministro de materiales, ciertas incongruencias en el programa de fabricación; los elementos derrotistas que desmoralizan a los operarios... Esto no había sucedido nunca antes; era una factoría donde las cosas se hacían con absoluta regularidad...

—Señor Werr, que esta factoría vuelva a ser lo que era, dependerá de usted. En virtud de las facultades que me han sido conferidas, le nombro director con plenos poderes para actuar en el mejor sentido. Si tiene elementos derrotistas, despídalos. Si se encuentra con dificultades, llámeme y le enviarán algunas patrullas que solucionen sus conflictos. ¿Entendido?

—Sí, almirante.

—Hemos estado pidiendo incesantemente generadores de emergencia —terció Harmony—. Rugger ha saboteado nuestras peticiones, ahora no cabe la menor duda.

Levantó el paquete de billetes y los ojos de Werr se salieron de las órbitas.

—Acaban de entregárselos —continuó—. Es el precio de su traición, señor Werr.

—Y lo ha admitido, además —dijo Eldon.

—Muy bien, señor —contestó Werr—. ¿Qué es lo que quieren de mí?

— ¿Cuánto tardará en enviarnos el primer generador de emergencia, para hacer las pruebas pertinentes en los T-1?

Werr se concentró unos instantes en si mismo.

—Dos semanas, señor. Garantizo ese plazo, pero honradamente, no puedo reducirlo. Dos semanas, seguro, almirante.

—Gracias, señor Werr; es suficiente.

El nuevo director dio un paso hacia adelante.

—Señor, ¿cree que seremos derrotados? —preguntó.

Eldon meneó la cabeza.

—La lucha será dura y larga y encarnizada. No es un camino sembrado de pétalos de rosa el que tenemos que recorrer, precisamente. Pero llegaremos —afirmó.

—Por mi parte, haré todo lo que pueda por contribuir a la victoria, almirante —prometió Werr.

## CAPÍTULO VII

El T-1 se posó suavemente en tierra. Eldon, Harmony y el sargento Kottatsh se acercaron al aparato, además del personal auxiliar correspondiente.

El piloto se apeó a los pocos momentos. Vio a Eldon y saludó con la mano.

—La prueba no ha podido ser más satisfactoria, señor —informó alegremente el capitán Howe.

— ¿Cuánto tiempo de más con el generador de emergencia?

—Siete horas y cincuenta y cinco minutos, señor, apurando al máximo, con las maniobras más difíciles y con la carga al completo —contestó el piloto.

—El T-1 es pequeño —dijo Eldon—. Se está planeando ya el T-2, pero eso llevará muchos meses, aunque entonces, cuando dispongamos de esos nuevos modelos, podremos permanecer hasta veinte horas en el aire. Bien, capitán, haga su informe por escrito y envíelo a mi secretaria administrativa.

—Sí, almirante.

Howe se separó del grupo. Repentinamente, se vio brillar un chispazo en el cielo.

—Eh, ¿qué es eso? —gritó el sargento Kottash.

Otro destello se produjo en las alturas, a muy corta distancia del anterior. Eldon se sintió preocupado.

—Harmony, llama a la torre de control. Infórmate si se acerca algún aparato cuya llegada no nos ha sido anunciada.

—Sí, señor.

Harmony echó a correr hacia las oficinas. Los chispazos se habían convertido ahora en unos puntos brillantes que parecían

inmóviles a cinco mil metros de altura.

La joven regresó a los pocos minutos.

—Mark, los radares no detectan esos aparatos —dijo—. Son dos y se les puede distinguir con los prismáticos. *¡Pero no son terrestres!*

Eldon sintió que se le encogía el corazón repentina mente. ¡Qaphar se había lanzado al ataque!, pensó de inmediato.

—Vamos —gritó—. Es preciso hacer despegar todos los aparatos útiles. Kottash, dé la alarma general. Que todos los pilotos acudan a sus puestos de combate. ¡Rápido, rápido, no hay tiempo que perder!

Kottash echó a correr en el acto. Pero un segundo des pues, los puntos brillantes iniciaron un fulgurante descenso en picado.

— ¡Ya vienen! —gritó alguien.

Eldon agarró a la muchacha por un brazo.

—Ven conmigo —dijo.

Ya no había tiempo para iniciar las operaciones de despegue. Antes de que los pilotos se hubieran podido colocar los trajes de vuelo, diseñados especialmente para acomodarse a las violentísimas maniobras que se realizaban en el aire, los aparatos enemigos estarían va disparando sus armas a *bordo.*

Una sirena empezó a aullar, emitiendo sus trémolos de alarma. Eldon condujo a la muchacha hasta una zanja próxima. Era lo único que podían hacer en aquellos momentos.

De pronto, los dos aparatos enemigos se separaron. Uno de ellos viró hacia el norte, dirigiéndose hacia un objetivo que Eldon no sabía aún calcular. El otro picaba directamente hacia el astropuerto.

Eldon contempló el descenso del aparato atacante, con el ánimo encogido. El piloto qaphariano descendía a una velocidad relativamente reducida, como si estuviese seguro de resistir los disparos de la defensa antiaérea terrestre. De pronto, a unos ochocientos metros del suelo, abrió fuego.

Eldon se quedó estupefacto. De la panza del aparato enemigo, hacia la proa, surgieron dos pares de llamaradas, prácticamente continuas, al mismo tiempo que se oía una rapidísima serie de

explosiones. Los cañones-ametralladoras de que disponía aquella nave, calculó Eldon, disparaban a una velocidad no inferior a los dos mil quinientos disparos por minuto cada uno.

Entonces, se desencadenó el infierno en el suelo.

* * *

Harmony se tapó los oídos con las manos, a la vez que hundía la cara en la tierra. Eldon, por su parte, asomó la cabeza por el borde de la granja, a fin de poder contemplar los efectos de la primera salva enemiga.

La descarga, calculó, duró diez segundos y en aquel brevísimo espacio de tiempo, fueron disparados no menos de ochocientos proyectiles. Pero no eran granadas corrientes.

El fragor resultó horrísono y el suelo tembló, como sacudido por un violentísimo terremoto. En el suelo, surgieron rapidísimamente innumerables conos invertidos de tierra y humo. Eldon calculó que la potencia de aquellas explosiones era equivalente a la de una granada de ocho pulgadas (203 mm.) **j**

Los efectos, lógicamente, eran infinitamente más destructores, al producirse las explosiones a un ritmo tan elevado. En pocos segundos, todos los edificios del campo saltaron por los aires, convertidos literalmente instantáneamente en una espesa nube de humo. El gran depósito de agua se volatilizó en el acto cuando recibió un proyectil de lleno. Un gran almacén de repuestos se desintegró de modo poco menos que instantáneo, tras una veintena de impactos, certeramente conseguidos.

Luego, el aparato atacante se elevó por los aires, describiendo un cerrado círculo vertical. Al iniciar el descenso, Eldon presintió lo que iba a suceder y apretó los puños.

—Oh, no, eso no...

Los cañones de la nave atacante tronaron de nuevo. Correctamente alineados en dos hileras, había ciento veinte T-1, todos ellos listos para entrar en combate. Esta vez, el piloto qaphariano redujo todavía más su velocidad y, casi parado, desde unos quinientos

metros de distancia ametralló despiadadamente la doble fila de aviones terrestres.

El ruido resultó ensordecedor. Los potentes proyectiles qapharianos destruían los T-1 como si estuviesen hechos de papel. Trozos de metal incandescente volaron a lo alto en todas direcciones, en medio de un estruendo aterrador. Esta vez, la ráfaga fue aún más larga y Eldon estimó qué el Qaphariano había disparado no menos de mil quinientos proyectiles.

Cuando todos los T-1 estuvieron reducidos a cenizas, el piloto qaphariano se remontó a una velocidad tal, que era imposible seguirlo con la vista. En menos de cinco segundos, se hizo invisible para los consternados terrestres, que no acababan de dar crédito todavía a lo que había sucedido.

El silencio volvió, pero sólo fue momentáneamente. Casi en el mismo instante, se oyó un prolongado rugido a unos tres kilómetros del aeropuerto.

Eldon se puso en pie. En el lugar donde se producían los truenos, había una larguísima hilera de nubes de polvo y humo, en parte deshaciéndose ya, pero otras formándose recientemente, a renglón seguido de las anteriores. El otro aparato atacante estaba allí, disparando con furia sus cañones.

—Está destruyendo la línea férrea —exclamó.

Harmony se arrodilló, para mirar por encima del borde. A tres mil metros del lugar en que estaban, pasaba una vía férrea de los grandes trenes de carga y pasajeros. El ancho de vía era de dos metros y medio y algunos convoyes tenían hasta dos mil quinientos metros de longitud. Los vagones de pasajeros eran como casas pequeñas alargadas y, pese a la holgura de su espacio interior, cada uno de ellos podía transportar cómodamente a doscientos viajeros a una velocidad que no bajaba de los 300 kms/h. Cada vagón medía casi cien metros de largo y estaba dotado de todas las comodidades posibles. Algunos trenes se componían a veces de cuarenta vagones y eran arrastrados por poderosas locomotoras eléctricas, de limpio y no contaminante funcionamiento.

El qaphariano se dedicaba sañudamente a la destrucción del ferrocarril. De pronto, Eldon vio un convoy que rodaba en sentido opuesto.

—Dios mío. Va a ser una catástrofe...

El maquinista se dio cuenta de lo que pasaba e intentó frenar, pero ya era tarde. Lanzado a doscientos cincuenta kilómetros por hora, el tren saltó fuera de los carriles, en el lugar donde las granadas habían abierto enormes embudos. Resultó un espectáculo alucinante aun contemplado desde gran distancia.

Un poco más allá, había un importante nudo de autopistas, que se cruzaban en varios niveles. El piloto qaphariano se acercó lentamente y abrió fuego de nuevo. Los enormes pilares que sostenían los caminos artificiales se derrumbaron con horrísono fragor, en medio de gigantescas nubes de polvo. Había también dos puentes, que salvaban anchos barrancos, y con sendas ráfagas, quedaron pulverizados.

Luego, el aparato enemigo se elevó y desapareció en las alturas, dejando tras sí un ancho rastro de muerte y destrucción.

Eldon se volvió lentamente y contempló su aeropuerto totalmente en ruinas. A su lado, Harmony lloraba quedamente.

— ¿Será esto la «Operación Incubadora»? —murmuró Eldon.

Kottash apareció de pronto, cubierto de polvo y con sangre en un lado de la cara.

—Almirante, señorita. ¿Están bien? —preguntó a gritos.

Eldon saltó fuera de la zanja. —Por fortuna —contestó. Alargó la mano y tiró de Harmony—. Está sangrando, sargento.

—Es un rasguño sin importancia, señor. Pero hemos sufrido muchas bajas. Casi todos han muerto y los edificios han sido destruidos. No nos queda un solo T-1 útil

y…

Se pasó una mano por la cara.

—Dios mío, si todo esto lo ha hecho un solo aparato, ¿qué no harán un centenar? —exclamó, completamente desmoralizado.

Eldon no contestó, no quería aumentar más la congoja del fiel Kottash. Pero en su fuero íntimo tenía la convicción de que Qaphar disponía de muchísimos más aparatos que los citados por el sargento.

De pronto, vio algo que le hizo sentirse un poco mejor. Su

oficina había sido milagrosamente respetada por los proyectiles enemigos.

—Harmony, Víctor, ayuden a los heridos en los que se pueda —ordenó—. Voy a ver si funcionan las líneas y puedo ponerme en comunicación con el almirante Segobia.

Eldon corrió hacia la oficina, en la que no quedaba un cristal sano. La puerta había volado en astillas y un tabique estaba convertido en escombros, pero, en medio de la desolación general, casi resultaba un oasis de tranquilidad.

Frenético, se abalanzó hacia el videófono y marcó precipitadamente una serie de cifras y letras. Un segundo después, vio en la pantalla la cara del almirante.

—Señor, nos han atacado...

—Lo sé —dijo Segobia—. El enemigo ha puesto en marcha la «Operación Incubadora».

* * *

—El aeropuerto está totalmente reducido a escombros. No queda un solo avión sano. Casi todos mis hombres han muerto. Además, hemos presenciado un ataque a la línea especial Sur. Han sido destruidos, al menos, cinco kilómetros de tendido y un tren ha descarrilado. El nudo de autopistas del Enlace Sur-Centro es sólo un montón de polvo, y lo mismo se puede decir de los dos puentes de acceso al norte. Es terrible, señor; en cinco minutos, sólo dos naves han causado unos efectos de destrucción realmente indescriptibles —dijo Eldon.

—Las noticias que tengo yo no son mejores —declaró Segobia—. La factoría Sankhar ha sido borrada de la faz de la Tierra. Los astilleros estatales están sufriendo el fuego concentrado de cuatro naves qapharianas. Las líneas ferroviarias Este y Nordeste están siendo también atacadas. —Alguien tendió un papel al almirante y éste lo leyó rápidamente—. Cuatro naves más están atacando las autopistas doce y veintinueve y destruyendo caminos secundarios. Es terrible, Mark, terrible.

—Lo peor de todo es que esas naves no son detectadas por el radar. Nosotros nos dimos cuenta de su presencia, cuando ya las teníamos a distancia visual.

El ayudante de Segobia le puso delante más papeles.

—Escuche esto, Mark. En la región europea oriental, esto es, la antigua Rusia, se han avistado, hasta el momento, ciento veinte naves que se dedican constantemente a destruir todas las líneas de comunicaciones y los centros oficiales. La gran presa de. Kuivishev ha saltado por los aires y se está anegando una vasta extensión de tierra… ¿Sí? ¿Diga? Mark, la presa de Boulder, en Colorado, también está siendo atacada. En aquella zona, se han avistado cuarenta naves más…

— ¿Es la derrota, señor?

Segobia meneó la cabeza.

—Nunca puede dar por conquistada una posición, si no se ocupa — dijo—. Ahora carecemos de aeroplanos, pero, tarde o temprano, tendrán que poner el pie en el suelo. Entonces, contraatacaremos.

— ¿Piensa hablar con el primer ministro, señor?

—Desde luego. Mark, no se desanime. Haga lo que pueda y manténgase en contacto conmigo.

—Bien, señor.

Eldon cerró el videófono. Se pasó una mano por la frente y pensó por un instante en las aterradoras noticias que acababa de recibir.

Era la «Operación Incubadora», en efecto. Pero ¿por qué le habían dado un nombre tan extraño?

—Cualquier diría que han estado incubando esas naves…, pero no es más que un disparate. No se pueden incubar naves como si fuesen huevos de gallina.

Sacudió la cabeza y abandonó la arruinada oficina con paso rápido. Había heridos y era preciso hacer lo que se pudiera por ellos.

# CAPÍTULO VIII

Las nubes de humo, con base rojiza, velaban el horizonte. Cansados, silenciosos, Eldon, Harmony y el sargento Kottash, cada uno con un fusil y una pequeña mochila a la espalda, caminaban a campo traviesa, buscando las zonas menos frecuentadas.

Las naves qapharianas proseguían implacablemente su obra de destrucción. Las últimas informaciones obtenidas por Eldon hablaban de un número que oscilaba las cinco y las seis mil unidades, nunca menos de la primera cifra.

Todas las informaciones coincidían muy aproximadamente en un mismo punto. El armamento de las naves enemigas consistía en dos cañones de veinte milímetros de calibre, cuyas granadas estaban cargadas con un poderosísimo explosivo que producía los mismos efectos que un proyectil diez veces superior en calibre.

Cada cañón, se calculaba, después de evaluar cuidadosamente todas las informaciones y contrastarlas con el máximo cuidado, disponía de una reserva de diez mil proyectiles. En total, cada nave cargaba unas veinte mil granadas de veinte milímetros, suficientes para arrasar una ciudad de pequeñas dimensiones.

Pero los qapharianos apenas si atacaban a las ciudades, salvo los edificios oficiales. Respetaban hospitales y centros asistenciales, pero destruían irremisiblemente todo edificio que podía tener alguna relación con la defensa. Las centrales de energía también saltaban hechas pedazos. Cientos y cientos de presas hidroeléctricas habían dejado de existir, vaciándose los enormes lagos artificiales causados por la mano del hombre. La saña de los atacantes se saciaba principalmente en las líneas de comunicación. Carreteras, puentes, ferrocarriles, canales... eran implacablemente atacados, destruyéndose en ocasiones cientos de kilómetros de línea ferroviaria en un solo ataque.

Ya nadie circulaba por las autopistas que aún tenían trozos

intactos. El día anterior, cuatro naves habían atacado durante un cuarto de hora las enormes playas de estacionamiento y distribución del ferrocarril Central Mundial. En aquellos quince minutos, habían sido destruidos veinticuatro mil vagones y ochocientas locomotoras.

Cada vez que un tren se arriesgaba a circular, surgía del cielo una nave qaphariana y, lanzándose sobre el convoy como un águila sobre su presa, lo destruía con un par de ráfagas, sin importarle si el tren era de pasajeros o de mercancías.

El hundimiento de buques mercantes había dejado ya de ser noticia. El tráfico marítimo había sido suspendido hacía días.

El caos era total. Millones y millones de terrestres habían muerto en toda clase de accidentes; aplastados al huir presas del pánico, en los hospitales, que de pronto se quedaban sin energía, en los edificios oficiales, en las fábricas... Los actos de pillaje se sucedían casi constantemente y la fiera actuación del ejército contra los saqueadores, que eran fusilados sin contemplaciones sobre el terreno, no bastaba a evitar los robos ni los despojos, tanto a las personas como a los bienes particulares.

En dos semanas, el panorama de la Tierra había cambiado totalmente.

De pronto, Harmony, fatigada, se detuvo un instante y puso ambas manos en la cintura.

—Mark, ¿tendremos que rendirnos?

Eldon se volvió.

—Deben desembarcar —respondió.

—Entonces, los atacaremos... ¿con las manos desnudas?

—Tengo un fusil. Y tú otro y Víctor el suyo. Hay muchos como nosotros. Nos lanzaremos a la guerra de guerrilla y no les daremos descanso jamás, jamás... Muchos se rendirán y se pasarán a su bando, pero nosotros no lo haremos. Yo, al menos —contestó Eldon.

Kottash se frotó la mandíbula.

—Almirante, yo me pregunto una cosa —dijo—. Y no puedo encontrar la respuesta, por más que la busco.

—Diga, Víctor.

—Las naves atacantes llevan ya dos semanas de «faena». Pero no se tienen noticias de que ninguna haya aterrizado todavía. ¿Dónde diablos repostan de víveres y municiones? ¿Tendrán astronaves nodrizas en el espacio? Porque la distancia a Qaphar es muy grande...

—Para mí, no cabe duda; han desarrollado impecablemente su logística y tienen unas facilidades de aprovisionamiento realmente increíbles. Recuerde; vimos una nave muy cerca, tanto, que pudimos captar su numeración. Después de un ataque, en que sin duda agotó la munición, se elevó en el espacio. Dos horas más tarde, volvimos a verla, disparando de nuevo.

—Las naves de aprovisionamiento están allá arriba —dijo Harmony.

—Eso es algo que no admite discusión. Aún más; el ataque de las naves cañoneras es algo que el Estado Mayor de Sharkon ha planeado hace muchísimos años.

—Bien planeado, Mark, o de lo contrario, no se podría explicar la tremenda facilidad con que ejecutan sus incursiones. Van a tiro hecho y no yerran un blanco cuando lo tienen en la mira de sus cañones. Sí, son muchos años de planificación del ataque y sólo necesitaban la ocasión propicia para desencadenarlo.

—Por el momento, estamos perdiendo batalla tras batalla, pero aún no hemos perdido la guerra —dijo Eldon firmemente—. ¿Has descansado, Harmony?

La joven asintió.

—Sigamos —contestó.

Caminaron mil metros más. De pronto, Kottash lanzó una exclamación de alegría;

— ¡Hombre, el puente de Phydder! ¡Está intacto, almirante!

Eldon se detuvo, en el lindero de un bosque, que se hallaba en las inmediaciones de una colosal vaguada, que no medía menos de tres kilómetros de anchura, y por cuyo fondo corría un caudaloso río. El puente tenía dos calzadas, superior e inferior, para los dos sentidos de circulación de vehículos. En el centro de cada calzada, había dos líneas ferroviarias, también de ida y vuelta, una para convoyes rápidos

y otra para trenes de mercancías. Era una construcción audaz, con arcos de quinientos metros de luz en el centro.

—Así podremos pasar al otro lado sin necesidad de remojarnos —dijo Harmony.

— ¿Estás segura?

Eldon alzó la mano. En el cielo, a unos tres mil metros de distancia, se veía brillar la estructura metálica de un aparato qaphariano, que se disponía a lanzarse al ataque.

Kottash blandió el puño airadamente.

— ¡Maldito! Baja aquí y ven a pelear conmigo, mano a mano...

Eldon le empujó hacia atrás.

—Será mejor que nos escondamos bajo los árboles —aconsejó—. No es la primera vez que una nave qaphariana ataca a pequeños grupos de personas.

Era una recomendación que debía ser seguida sin rechistar. Desde la espesura, contemplaron el ataque del aparato de Qaphar, que inició el fuego a unos setecientos metros de distancia.

Esta vez, la nave atacante se detuvo, inmóvil, disparando cortas pero devastadoras ráfagas, de cuarenta o cincuenta disparos por pieza. El puente era solidísimo, pero después de los primeros treinta impactos empezó a ceder.

Cinco minutos más tarde, sólo quedaban escombros en el fondo de la vaguada y una espesa nube de humo y polvo, que se disolvía lentamente en la quieta atmósfera de la tarde.

Eldon suspiró.

—Sargento, ¿qué opina usted del agua? —preguntó jovialmente.

Kottash hizo una mueca.

—Tendré que imitar a las ranas, señor —contestó.

* * *

Una serie de sonidos, que se producían con cierto ritmo, despertó a Eldon a una hora relativamente temprana. Bostezó un poco, estiró los brazos y, en su fuero interno, maldijo al madrugador Kottash y a su hacha y a los troncos que arderían al atardecer en la chimenea de la cabaña en que se alojaban.

La cabaña estaba en un paraje solitario y pertenecía a los padres de Harmony. El señor Below era un gran aficionado a la pesca y solía acudir allí la mayor parte de los fines de semana. Ahora, Below, con su esposa, estaba en Erquist IV, en misión comercial y la muchacha suponía, prudentemente, que sus padres no se arriesgarían a volver a la Tierra hasta que se hubiese terminado el conflicto.

La estancia en la cabaña era idea de la propia Harmony, ya que sus dos acompañantes y ella misma no tenían adonde ir. El almirante Segobia había aprobado la decisión y les había provisto de un diminuto transmisor de radio, de frecuencia indetectable, con el que podrían ponerse en contacto con él cuando lo necesitaran.

Llevaban ya varios días en aquel solitario pataje y sus nervios empezaban a agradecer la cura de reposo. La despensa estaba bien provista y no faltaban la caza ni la pesca, aunque, por precaución, no encendían el luego hasta que se hacía de noche.

Eldon volvió a bostezar, se levantó, embutió su musculoso cuerpo en la bata, agarró una toalla y se dirigió hacia la sala.

—Voy a darme un baño en el remanso —anunció.

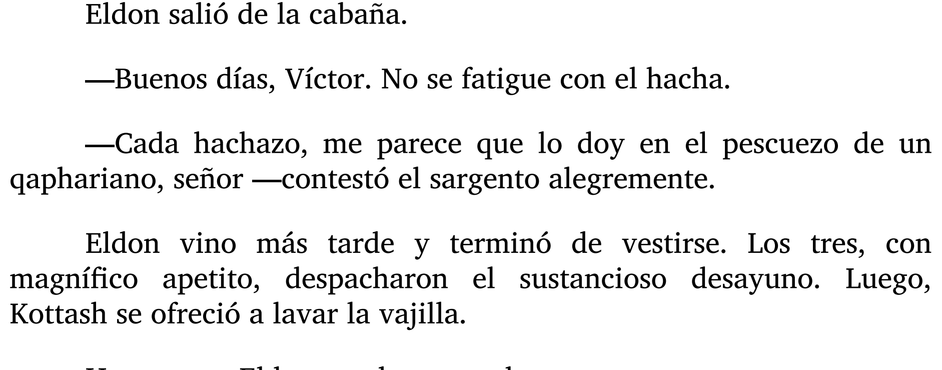
—El desayuno estará listo cuando regreses —dijo Harmony—. Café, huevos con tocino, mermelada, pan con manteca.

—No has encendido el fuego —observó él, sorprendido.

—Se me ocurrió mirar en el cobertizo de herramientas. Encontré una batería de carga solar y la he conectado al hornillo eléctrico.

— Es maravilloso —sonrió Eldon—, Sólo espero que los qapharianos no lleven detectores que puedan captar el olor del café y los huevos fritos con tocino.

—No han llegado a tanto —rió la muchacha—. Anda, date prisa, Mark.



Eldon salió de la cabaña.

—Buenos días, Víctor. No se fatigue con el hacha.

—Cada hachazo, me parece que lo doy en el pescuezo de un qaphariano, señor —contestó el sargento alegremente.

Eldon vino más tarde y terminó de vestirse. Los tres, con magnífico apetito, despacharon el sustancioso desayuno. Luego, Kottash se ofreció a lavar la vajilla.

Harmony y Eldon quedaron a solas.

—Estaba pensando una cosa, Mark —dijo ella de pronto.

— ¿Sí?

—Hemos visto muchas naves qapharianas. Deben estar construidas con toda perfección y pilotadas por hombres que han sido sometidos a un entrenamiento terriblemente eficaz. Pero no sabemos cómo funcionan en realidad.

—No, no lo sabemos, aunque nos lo imaginemos. ¿Adónde quieres ir a parar, Harmony?

Ella movió la cabeza.

—Es sólo un sueño... pero me ha tenido desvelada gran parte de la noche. Quizá lo tomes como un disparate, pero, si pudiéramos apoderarnos de una nave enemiga...

—Es muy difícil, por no decir imposible.

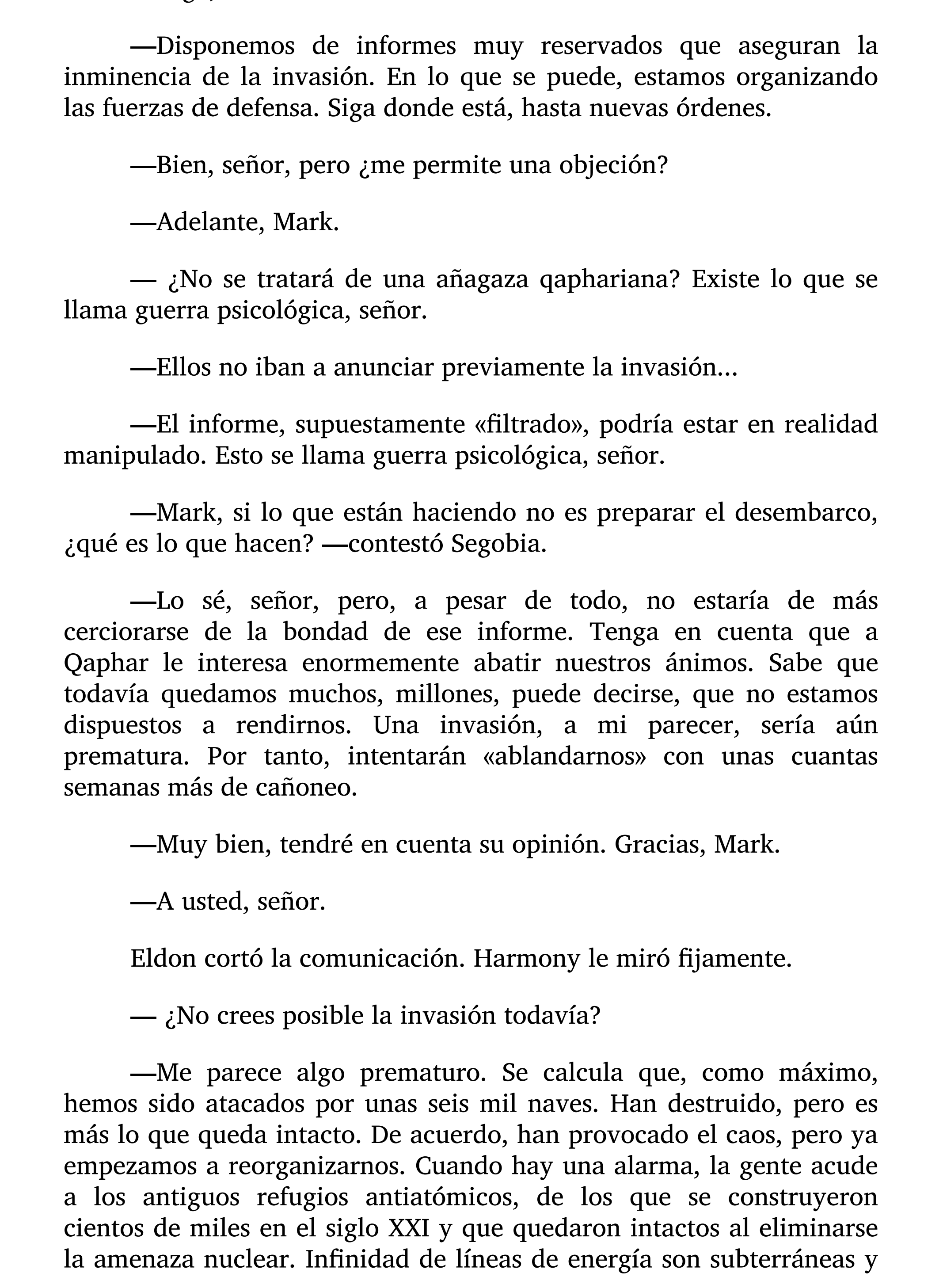
—Lo sé. Sin embargo, nos resultaría de enorme provecho. Podríamos conocer sus mecanismos, interrogar al piloto, averiguar su clave de comunicaciones... atraer otras naves a una trampa... —Harmony hizo un gesto con la mano—. Bah, no me hagas caso, Mark; como he dicho antes, sólo es un sueño.

De pronto, se oyó un leve tañido.

—Es el almirante Segobia —dijo Eldon.

Se levantó de un salto, corrió a una rústica consola y cogió el transmisor de radio.

— ¿Almirante? —dijo.



—Hola, Mark —sonó la voz de Segobia—. Tengo noticias para usted.

—Diga, señor.

—Disponemos de informes muy reservados que aseguran la inminencia de la invasión. En lo que se puede, estamos organizando las fuerzas de defensa. Siga donde está, hasta nuevas órdenes.

—Bien, señor, pero ¿me permite una objeción?

—Adelante, Mark.

— ¿No se tratará de una añagaza qaphariana? Existe lo que se llama guerra psicológica, señor.

—Ellos no iban a anunciar previamente la invasión...

—El informe, supuestamente «filtrado», podría estar en realidad manipulado. Esto se llama guerra psicológica, señor.

—Mark, si lo que están haciendo no es preparar el desembarco, ¿qué es lo que hacen? —contestó Segobia.

—Lo sé, señor, pero, a pesar de todo, no estaría de más cerciorarse de la bondad de ese informe. Tenga en cuenta que a Qaphar le interesa enormemente abatir nuestros ánimos. Sabe que todavía quedamos muchos, millones, puede decirse, que no estamos dispuestos a rendirnos. Una invasión, a mi parecer, sería aún prematura. Por tanto, intentarán «ablandarnos» con unas cuantas semanas más de cañoneo.

—Muy bien, tendré en cuenta su opinión. Gracias, Mark.

—A usted, señor.

Eldon cortó la comunicación. Harmony le miró fijamente.

— ¿No crees posible la invasión todavía?

—Me parece algo prematuro. Se calcula que, como máximo, hemos sido atacados por unas seis mil naves. Han destruido, pero es más lo que queda intacto. De acuerdo, han provocado el caos, pero ya empezamos a reorganizarnos. Cuando hay una alarma, la gente acude a los antiguos refugios antiatómicos, de los que se construyeron cientos de miles en el siglo XXI y que quedaron intactos al eliminarse la amenaza nuclear. Infinidad de líneas de energía son subterráneas y

no resultan siempre afectadas por la explosión de un proyectil qaphariano. Hay muchos túneles del ferrocarril que están a cincuenta metros de profundidad y permiten un cierto tráfico de convoyes... Aún les queda mucho camino, hasta llegar a la destrucción total, que les permita desembarcar sin grandes riesgos, y ellos lo saben.

—Y cuando desembarquen no encontrarán sino ruinas, desolación...

—Y gente dispuesta a hacer cualquier cosa que les manden por un pedazo de pan. Lo cual no se les podrá reprochar, ciertamente —contestó Eldon con sombrío acento.

De pronto, se oyó la voz del sargento Kottash en la cocina:

— ¡Eh! ¿Alguien ha puesto doble dosis de coñac en mi café matutino... o lo que veo es realidad y no producto de mi imaginación calenturienta?

— ¿Qué es, Víctor? —preguntó Eldon desde la sala, con la risa en la garganta.

—Una nave de Qaphar, señor —respondió Kottash, ahora sin el menor indicio de chanza en la voz.

# CAPÍTULO IX

Eldon se quedó inmóvil un instante, lanzó después una interjección y salió corriendo hacia la cocina. Kottash estaba situado junto a la ventana que había casi encima del fregadero.

—Mire, señor —dijo en voz baja.

Harmony se situó junto a los dos hombres. A unos ciento cincuenta metros de distancia, una extraña nave, con las insignias qapharianas pintadas en el vientre y en los costados, descendía lentamente hacia el suelo, dirigiéndose a una vaguada boscosa que no era sino un barranco perpendicular al río y que sólo llevaba agua en épocas de lluvia. Eldon se preguntó qué habría hecho incumplir al piloto las órdenes de no posarse en el suelo terrestre. Dado que era la primera vez que presenciaba un caso semejante, presuponía la existencia de tales órdenes, que un piloto estaba quebrantando en aquellos instantes.

—Tendríamos que matarlo, señor —dijo Kottash salvajemente.

Eldon extendió el brazo.

—Haremos algo mucho mejor —declaró—. Vamos a ver si podemos capturarle vivo.

—Entonces, se le obligaría a hablar —adivinó Harmony.

—Por todos los medios —confirmó el joven duramente—. Harmony, dame mi fusil.

—Sí, Mark.

—Busca la munición de repuesto. Víctor, usted tiene también un fusil, creo.

—Sí, almirante.

—Salga de la casa, dé un rodeo y sitúese al otro lado. El aparato enemigo está a punto de aterrizar. No dispare si no es absolutamente necesario y, en todo caso, no tire a puntos vitales.

—Bien, señor.

Harmony vino a poco con el rifle. Eldon comprobó la carga y se lanzó fuera de la cabaña, seguido por la muchacha.

Avanzaron con cautela, ocultos por la espesa vegetación, paralelamente al río, en cuya orilla abundaban las plantas acuáticas, que facilitaron su tarea de aproximación. Un minuto más tarde, tumbados de pecho sobre la hierba, detrás de un pequeño arbusto, contemplaban un espectáculo como jamás habían imaginado poder ver algún día.

La nave, brillante, plateada, con las insignias en rojo, fileteadas de oro, estaba posada en el suelo, sobre las patas de un corto tren de aterrizaje. Vista de perfil, tenía forma de tiburón terrestre, aunque sin aletas. Contemplada desde una vista superior, parecía una gigantesca punta de flecha, aunque con los bordes redondeados y la proa suavemente roma. Tenía una cabina acristalada muy amplia y un par de cortas antenas, que Eldon supuso estaban destinadas a las comunicaciones y a la detección de naves enemigas y obstáculos peligrosos que pudieran surgir en su ruta.

Cerca de la proa, pero ya en la parte ventral, se divisaba un ligero abultamiento, con dos pequeños orificios, ennegrecidos por el continuo uso de los cañones que se albergaban en aquel lugar. Las dimensiones de la nave, calculó Eldon a ojo, eran de unos cincuenta metros de largo, por seis de grueso y nueve de anchura máxima en su centro. Por las insignias que se divisaban en su costado, supo que era un aparato perteneciente a un comandante de grupo de Escuadrones.

—No es un pez gordo, pero tampoco chico —murmuró.

De pronto, se abrió una escotilla lateral. Una escalera se desplegó y dos hombres bajaron al suelo.

Eldon y Harmony los contemplaron con toda atención. Los« qapharianos vestían unos monos plateados, con ancho cinturón negro y las insignias de su grado en el lado derecho del pecho. Uno de ellos era coronel y el otro, sin duda su ayudante, tenía el grado de capitán.

Los dos hombres rieron y hablaron algo, pero sin demasiado entusiasmo. A Eldon, incluso, le pareció una actuación forzada,

carente en absoluto de naturalidad.

De pronto, uno de ellos se bajó la cremallera delantera y separó los pies.

— ¡Cochino! —dijo Harmony—. Pues no se pone a hacer «pis» ahí, delante de la gente…

El otro se acercó al río y arrodillándose junto a la orilla, metió las manos dentro del agua y se refrescó la cara. Entonces, Eldon vio a Kottash, situado al otro lado de la entrada del barranco.

Eldon hizo una señal con la mano y Kottash asintió.

De repente, Eldon se puso en pie, corrió unos pasos y disparó un tiro al aire:

— ¡Quietos! ¡Arriba las manos o sois hombres muertos!

Kottash corría ya, empuñando su fusil. Contrariamente a lo que podían suponerse, ninguno de los dos qapharianos hizo el menor gesto defensivo.

Ni siquiera levantaron las manos en señal de rendición, limitándose a permanecer inmóviles como estatuas.

Eldon avanzó lentamente, hasta poner el cañón de su rifle en el pecho del qaphariano más próximo, quien, salvo por la respiración, parecía una estatua.

— ¿Quién eres tú? —preguntó.

—Coronel Ugluq, Séptima Fuerza Subespacial, Cuarto grupo de escuadrones, del que soy comandante.

— ¿Tu compañero?

—Piloto suplente, capitán Dettion.

— ¿Por qué atacáis blancos de la Tierra, coronel?

—Nos lo han ordenado así.

— ¿Quién?

Ugluq dio una respuesta desconcertante:

—No lo sé, señor.

* * *

Eldon observó algo raro en la actitud del prisionero. Un poco más allá, el capitán Dettion observaba asimismo una postura de absoluta inmovilidad.

—Harmony, ve a la cabaña e informa al almirante Segobia de que hemos capturado una nave qaphariana y que tenemos prisioneros a sus dos tripulantes.

—Está bien, Mark.

La joven echó a correr. Eldon volvió a mirar al coronel.

—De modo que no sabes quién os manda bombardear la Tierra —dijo.

—No, señor.

—Pero no actúas por propia iniciativa.

—Cumplo órdenes.

La voz de Ugluq era neutra, mecánica, sin inflexiones. Eldon empezó a sospechar que estaba delante de un ser sin alma.

—Víctor, venga aquí con el otro prisionero —llamó.

—Sí, señor. Tú, camina ya...

Kottash y el qaphariano se acercaron al lugar donde estaba Eldon.

—Me parece que estos dos no saben muy bien lo que se hacen —dijo el joven.

—Parecen muñecos mecánicos, señor —contestó Kottash, también sorprendido por la insólita actitud de su prisionero.

—Voy a hacer una prueba, Víctor. ¡Coronel, capitán —exclamó Eldon con voz tonante—, láncense de cabeza al río!

Ugluq y Dettion dieron media vuelta en el acto y caminaron con paso mesurado hacia la orilla. Kottash se sentía pasmado.

—Increíble, señor —murmuró.

Cuando los dos qapharianos estaban ya a punto de tirarse al agua, Eldon dio otra orden;

— ¡Regresen!

—Fantástico, almirante —dijo Kottash—. Obedecen como robots.

Eldon se pellizcó la mandíbula inferior.

—Hasta cierto punto, tienen iniciativa propia, o no habrían abandonado la nave momentáneamente. ¡Alto! —ordenó, al ver a los qapharianos a su altura—. Pero son eventuales relajaciones en su conducta, programada de antemano, que no influyen en su comportamiento general.

— ¿Cómo? ¿Cree que han sido programados, como si fuesen máquinas?

—Sí. Coronel, ¿cuánto tiempo ha durado su entrenamiento?

—No lo sé, señor —respondió Ugluq con voz átona. Kottash se sentía atónito.

—Están drogados...

—No. Tienen la mente acondicionada de tal forma, que obedecen cualquier orden que se les dé, por absurda que sea. Estoy seguro de que, durante un determinado período de tiempo, fueron sometidos a un entrenamiento secreto, en algún lugar conocido sólo por unos pocos, y que allí se asignó a cada piloto una serie de blancos preferentes y obligatorios, además de darles instrucción sobre otros blancos, que podríamos llamar privados, esto es, a elección de cada piloto.

—Pero eso necesitaría mucho tiempo, almirante —objetó Kottash.

— ¿Tiempo? ¿Recuerda usted el nombre de la «Operación

Incubadora», sargento?

Los ojos de Kottash se llenaron de horror.

—Los han tenido encerrados durante años enteros...

Harmony llegó corriendo en aquel momento.

— ¡Mark!

El joven se volvió.

—He hablado con el almirante —informó la muchacha—. Sus órdenes son: custodiar a los prisioneros y ocultar la nave hasta que llegue él con su estado mayor. Va a ponerse en contacto con el refugio secreto del primer ministro, para recibir instrucciones y discutir la situación. Dos prisioneros pueden resultarnos muy útiles, Mark.

—De acuerdo, Harmony.

—No les habéis atado —observó la muchacha.

—No hace falta. Ahora verás. Capitán Dettion, ayude al sargento Kottash a recubrir con ramas su nave.

—Sí, señor —contestó el qaphariano rígidamente.

—Traeré un par de hachas de la cabaña, señor —dijo Kottash.

—Muy bien. ¿Coronel Ugluq?

— ¿Señor? —dijo el aludido.

—Usted va a enseñarme su nave, cómo se maneja y su sistema de comunicaciones, así como las posibles claves. Por supuesto, también me enseñará a utilizar los cañones.

—Sí, señor.

Eldon se volvió hacia la muchacha, que se sentía estupefacta.

—Son como *zombies* —dijo Harmony.

—Salieron de la nave, porque, seguramente, la presión que alguien ejercía sobre sus mentes, se había relajado momentáneamente. Pero ahora, me obedecen como borregos.

—Y si te obedecen a ti con tanta mansedumbre, imagínate lo que harán cuando otros les den órdenes.

—Ya hemos tenido ocasión de verlo —respondió Eldon ceñudamente—. Coronel, guíeme a su nave.

—Sí, señor.

Muerta de curiosidad, Harmony siguió a los dos hombres hasta el interior de la nave. Inmediatamente, Ugluq empezó sus explicaciones.

* * *

La nave estaba completamente cubierta de ramaje cuando llegaron Segobia y sus ayudantes en un pequeño aeromóvil que había volado en la oscuridad, a fin de no ser atacado. Segobia se hizo cargo inmediatamente de la situación, aunque expresó ciertos recelos sobre lo que ocurría.

—Pueden echarle de menos en su puesto de control —dijo.

—No, señor —contestó Eldon—. Ya nos hemos comunicado con ese control. El coronel Ugluq ha solicitado doce horas de descanso, por agotamiento físico, lo mismo que su adjunto. Suelen hacerlo en ocasiones, almirante.

Segobia asintió.

—Vamos a ver la nave —dijo.

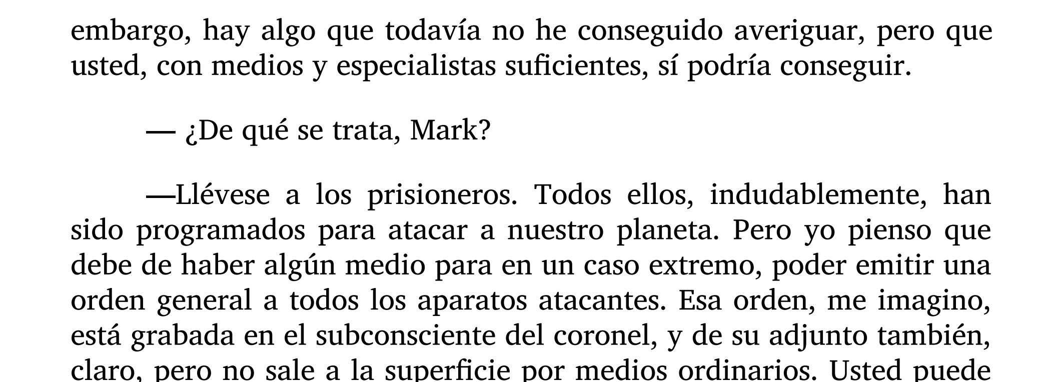
Media hora más tarde, Segobia, profundamente admirado por lo que había visto, se sentía también consternado.

—Son poco menos que invencibles —dijo.

—Permítame que disienta de su opinión, almirante. En estos momentos, precisamente, es cuando se ha iniciado la derrota de Qaphar.

A ver, hable, Mark —pidió Segobia.

—Ugluq y su copiloto nos obedecen de una forma absoluta. Sin



embargo, hay algo que todavía no he conseguido averiguar, pero que usted, con medios y especialistas suficientes, sí podría conseguir.

— ¿De qué se trata, Mark?

—Llévese a los prisioneros. Todos ellos, indudablemente, han sido programados para atacar a nuestro planeta. Pero yo pienso que debe de haber algún medio para en un caso extremo, poder emitir una orden general a todos los aparatos atacantes. Esa orden, me imagino, está grabada en el subconsciente del coronel, y de su adjunto también, claro, pero no sale a la superficie por medios ordinarios. Usted puede conseguirlo, almirante.

Segobia hizo un gesto afirmativo.

—Creo que le entiendo muchacho —contestó—. Bien, pero ¿qué hará usted mientras nos ocupamos de los prisioneros?

Eldon elevó la vista al cielo estrellado.

—Creo que voy a darme una vueltecita por allá arriba —sonrió.

— ¿En la nave de Ugluq?

—Sí, señor.

—Puede resultar peligroso...

—Almirante, si mis suposiciones son ciertas, los que están allá arriba también obedecerán las órdenes que les pueda dar... un terrestre.

—De acuerdo, Mark, pero, por si acaso, cambie sus ropas con las de los prisioneros.

Eldon se volvió hacia Harmony.

— ¿Quieres ponerte un traje qaphariano? —sugirió.

Los ojos de la chica emitieron un vivo destello.

—Es una excursión que no me perdería por nada del mundo —repuso.

## CAPÍTULO X

La nave nodriza surgió casi de repente en el espacio, y tanto Eldon como Harmony se sintieron abrumados al ver aquel colosal aparato, que flotaba aparentemente inmóvil, en una órbita geoestacionaria, a unos treinta y seis mil kilómetros del suelo terrestre. Evidentemente, pensó Eldon, Qaphar había estado preparándose para la invasión, y lo había hecho a conciencia.

Harmony se puso ambas manos en las mejillas.

—Dios mío —murmuró.

La astronave nodriza era inconcebiblemente gigantesca. Eldon calculó su longitud en unos doce mil metros y su diámetro que tenía forma aproximada de cilindro en un kilómetro. Por tanto, su volumen no era inferior en modo alguno a los seis mil millones de metros cúbicos.

Aquella nave, y no era indudablemente la única, podía transportar en su seno cientos de naves subatmosféricas, como la que pilotaba en aquellos momentos y, además, toda suerte de pertrechos y repuestos de piezas y maquinaria. Era preciso contar también con los víveres destinados a la alimentación de los pilotos; a pesar de su estado semivegetativo, las funciones orgánicas se desarrollaban con entera normalidad. Sólo la mente no les pertenecía por completo.

De pronto, se vio brillar una luz en el vientre de la colosal astronave.

—Identifíquese —sonó una voz en el puesto de pilotaje.

—Coronel Ugluq y su piloto adjunto, Séptima Fuerza, Cuarto grupo.

—Está bien, vaya a la esclusa once. Se la iluminamos, para una mejor aproximación.

—Gracias. Preparen repuestos de víveres y municiones.

—Enterado.

Eldon cambió una mirada con la muchacha.

— ¿Miedo? —murmuró.

—Un poco —susurró ella—. Pero tenemos que hacerlo, ¿no?

Eldon movió la cabeza y encaminó el aparato hacia una colosal trampilla, de la que salía un vivo chorro de luz. Momentos después, detenía la nave.

La compuerta exterior se cerró. Las bombas funcionaron, llenando de aire la esclusa. A los pocos momentos, se encendió una luz verde.

Eldon y Harmony salieron del aparato. La compuerta interna se había abierto ya. Un hombre, vestido con mono amarillo, salió a su encuentro.

—Vayan al comedor seis —indicó—. Nos ocuparemos de repostar su nave.

—Gracias.

Eldon cambió una mirada con la muchacha. El qaphariano no había formulado ninguna observación al ver una mujer. Por los prisioneros sabían dos cosas muy importantes para ellos: primero, abundaban las mujeres entre los pilotos. Segundo, el único método de identificación que se empleaba allí eran las insignias de cada grado y el número personal de cada uno, lo que podía verse fácilmente en el lado derecho de cada uniforme.

El interior de la astronave nodriza era una muestra indubitable del colosalismo qaphariano. Todo estaba, sin embargo, diseñado a la perfección, y los motores auxiliares que proporcionaban energía a los distintos compartimentos de la nave actuaban sin un solo fallo. Eldon y Harmony pasaron por un corredor en voladizo, desde el que se divisaba un enorme hangar repleto de naves, en torno a las cuales se afanaban miles de mecánicos y auxiliares, y tomaron luego una escalera mecánica, que les condujo al comedor asignado.

Había muchos pilotos, de ambos sexos, cenando. Ninguno de ellos hablaba apenas, salvo lo más indispensable. Todos, observó Eldon, tenían la mirada ausente, como si no se dieran cuenta apenas de lo que sucedía a su alrededor.

Por supuesto, nadie reparó en ellos ni les dijo nada. Sentáronse ante una mesa y, casi en el acto, un camarero llegó con una bandeja muy bien provista. Eldon y Harmony cenaron en silencio casi total, intercambiando solamente breves monosílabos.

Al terminar, el camarero vino para llevarse la bandeja. Eldon alzó una mano.

— ¿Señor? —dijo el camarero.

—Soy el coronel Ugluq. Deseo hablar con el comandante de la nave.

—Transmitiré sus deseos en el acto, señor.

—Gracias.

Harmony se inclinó hacia el joven.

—Mark, ¿qué te propones? —cuchicheó.

—No te alarmes. Solamente quiero ver un poco más del interior de esta nave —respondió él en el mismo tono.

Los pilotos de combate entraban y salían casi constantemente. El camarero regresó a los pocos momentos.

—Sígame, coronel, por favor.

Eldon se puso en pie.

—Acompáñeme, capitán Dettion —dijo.

Harmony se levantó también. Dominando con dificultad los acelerados latidos de su corazón, siguió al joven.

El camarero les condujo hasta la puerta de un ascensor.

—Marque el número 55-E, coronel.

—Bien.

Eldon y la muchacha entraron en el ascensor. Eldon buscó en el cuadro indicador las cifras señaladas. Presionó la tecla y las puertas se cerraron.

El ascensor partió de inmediato. Cuando se detuvo, Eldon calculó que su viaje había durado no menos de setecientos metros en vertical.

Las puertas se abrieron automáticamente y dejaron a la vista una espaciosa cámara, en la que había varias pantallas de enormes dimensiones.

En una de ellas se veía la Tierra, brillando azulada en la negrura del espacio. Las otras pantallas tenían luces que se encendían y apagaban constantemente. Eldon supuso que desde allí se controlaban los aparatos asignados a la astronave nodriza.

Sentado frente a una de las pantallas de control, había un hombre, con uniforme plateado y hombreras en negro y oro. Eldon leyó su nombre, graduación y cifras de identidad en la tira de tela adherida a su pecho.

— ¿General Korben?

—Sí —respondió el qaphariano.

—Soy Ugluq, comandante de la Séptima Fuerza, cuarto grupo. Le ordeno que me conteste inmediatamente a todas las preguntas que voy a hacerle.

—Sí, coronel.

Eldon miró un instante a la muchacha. Ya no cabía la menor duda; todos aquellos hombres habían sido sometidos a un tratamiento mental que les convertía en seres dóciles y obedientes a cualquier orden, no importaba quien la diese.

Harmony hizo un leve gesto de aquiescencia. Eldon continuó:

—General, ¿de cuántas naves dispone usted?

—Doscientas.

—Es decir, cada nodriza tiene doscientas naves...

—Sí.

— ¿Cuántas astronaves nodrizas hay en torno a la Tierra?

—Treinta.

—Ustedes son la vanguardia de la invasión. ¿Sabe cuándo se va a producir?

—No.

—Por lo visto, tienen órdenes de continuar el bombardeo.

—Sí.

— ¿Les quedan todavía repuestos de municiones?

—Disponemos de repuestos suficientes para cuatro semanas, antes de que lleguen las naves de suministros.

Eldon se pasó una mano por la cara.

— ¿Qué sabe de la invasión, general? —Hay mil naves más como ésta, aunque acomodadas especialmente al transporte de tropas. Cada una de las naves dispone de la capacidad suficiente para catorce mil soldados, más pertrechos y vehículos terrestres necesarios.

Eldon casi se mareó al escuchar aquellas cifras.

—Harmony, son mil divisiones de choque —murmuró.

La chica se estremeció.

—Catorce millones de invasores —dijo.

—Sí. —Eldon levantó la voz de nuevo—. ¿General?

—Diga, señor.

—Ustedes han recibido un entrenamiento adecuado para cumplir su misión de bombardeo.

—En efecto.

—Y les enseñaron los blancos que cada nave debía atacar.

—Sí.

— ¿Hay alguna palabra clave que, captada por todos los combatientes, pueda suspender la invasión?

—No.

Eldon torció el gesto. Una operación semejante no podía emprenderse sin una clave muy especial, que permitiera suspenderla en cualquier momento, si las cosas se torcían o no salían como se había calculado.

Pero aquella clave, indudablemente, estaba en lo más hondo del subconsciente de los qapharianos. Y, si pudiese llegar a conocerla, haría variar la situación sustancialmente.

Ahora, aunque no le gustase, debía dejar las cosas tal como estaban. Suspender los ataques, mediante una orden, dirigida a Korben, no haría sino levantar sospechas en Qaphar, dado que era lógico suponer que los informes se emitirían casi constantemente, por frecuencia hiperespacial instantánea.

—General, ¿quién es el comandante de la fuerza de bombardeo? —inquirió.

—El hiperalmirante de segundo grado, Shol-Kot. Está en la nave número uno, situada directamente sobre las islas Hawaii.

—Gracias, general. Yo soy el coronel Ugluq y mi acompañante es el Capitán Dettion.

—Sí.

Era evidente que Korben no veía ni oía nada que Eldon no desease. El acondicionamiento mental de los atacantes, desde el último cocinero al primer almirante, era total y, no cabía la menor duda, había durado años enteros.

—Pero cometieron un error —dijo Eldon, cuando el ascensor les bajaba al lugar de partida, un cuarto de hora más tarde.

— ¿Cuál? —quiso saber Harmony.

—Olvidaron, o no se imaginaron que podía suceder, impartirles la orden de no obedecer a nadie que no perteneciese a la armada qaphariana.

—Nosotros, aparentemente, sí pertenecemos...

—Pero no han intentado identificarnos de un modo más seguro que el mirar los letreros del uniforme. Esto, en primer lugar; y en

segundo, como has podido apreciar, una vez suplantada la personalidad de los prisioneros, Korben podría haberse vuelto a Qaphar, si yo se lo hubiera ordenado.

— ¿Y por qué no lo has hecho, Mark?

Eldon meneó la cabeza.

—No es tiempo aún —contestó.

— ¿Tienes algún plan en perspectiva? —inquirió Harmony.

—Sí, aunque no depende de mí, sino de los prisioneros... y de los psiquiatras que están con ellos.

—No te entiendo —se quejó ella.

—Ya estamos llegando. Te lo explicaré en el viaje de vuelta.

* * *

El sargento Kottash vino con la bandeja y la puso sobre la mesa. Segobia miró inquisitivamente a los dos jóvenes.

— ¿Y bien, Mark?

— ¿Qué me cuenta usted de los prisioneros, almirante?

—Están en buenas manos. Sin embargo, resulta muy difícil traspasar la coraza mental con que protegen su subconsciente.

—Es preciso conseguirlo, señor. Sólo así podremos detener el ataque de catorce millones de qapharianos.

Segobia pegó un bote.

— ¡Catorce millones! —repitió.

—Ni uno menos, almirante. —Eldon apuró su taza de café—. Me lo ha dicho personalmente el general Korben, comandante de la vigésimo séptima astronave nodriza, con doscientas naves subatmosféricas a sus órdenes.

—Es fantástico, muchacho —exclamó Segobia—. Pero, ¿cómo lo ha conseguido?

—Señor, todos los componentes de la fuerza de ataque, desde su almirante y comandante en jefe hasta el último pinche de cocina, están acondicionados mentalmente.

Segobia movió la cabeza repetidas veces.

—Han estado incubando la operación durante años enteros —dijo—. El nombre, por tanto, será enteramente justificado.

— ¿Estarán también acondicionados los componentes de la fuerza de invasión? —preguntó Harmony.

—El número es excesivo —calculó Eldon—. El acondicionamiento, en todo caso, no habrá pasado de unas sesiones de propaganda. Aquí se trata de unos doce mil pilotos, más el personal de las astronaves nodriza, en total, un par de millares más. Quizás, en todo caso, estén preparando otros varios miles, como una eventualidad para cubrir posibles bajas, pero, sinceramente creo que no pueden ser muchos más.

—A mí se me está ocurriendo una idea —dijo Segobia pensativamente.

— ¿Señor?

—Asaltar la nave insignia y ordenar a su comandante en jefe, que dé la orden de atacar Qaphar.

—No daría resultado, almirante.

— ¿Por qué?

—Fue la última pregunta que le hice al general Korben. Es la única orden que no obedecerían… por el momento.

— ¿Qué quiere decir eso, Mark? —preguntó Segobia con el ceño fruncido.

—Sencillamente, señor: es preciso romper la coraza mental de los prisioneros y llegar hasta lo más hondo del subconsciente.

—Creo que le entiendo, muchacho. Bien, hablaré con los psiquiatras y les diré que hagan lo imposible por conseguirlo. —Segobia se puso en pie—. Han hecho una buena labor, Mark. Se lo

tendremos en cuenta algún día.

—Gracias, señor.

Segobia se marchó, acompañado de dos de sus ayudantes. Eldon, Harmony y Kottash volvieron a quedarse solos en la cabaña.

—Mark, ¿por qué no atacamos las astronaves nodrizas? —sugirió Harmony—. Nuestro aparato está al completo de municiones... y treinta ráfagas de doscientos disparos cada uno, serían suficientes... Luego, los pilotos de las naves de ataque al suelo, al no poder repostar, tendrían que rendirse...

—Podría hacerse, pero no es conveniente, porque en Qaphar se enterarían así de nuestros planes de contraataque y podrían tomar medidas aún peores contra nosotros. No hay otro remedio que esperar a que los psiquiatras lleguen al subconsciente de los prisioneros.

—Señor, yo me pregunto por qué son necesarias esas naves nodrizas, aparte de transportar suministros y repuestos —intervino Kottash.

—Esas astronaves son necesarias para transportar los aparatos de combate, ya que éstos no tienen generadores para viajar por el hiperespacio. Recuerde, Víctor, el aparato que hemos capturado, como los demás, sólo puede moverse a cierta distancia del planeta. Posiblemente, no podría llegar siquiera a los límites del sistema solar.

—Han estado preparándose años enteros —dijo Kottash rabiosamente—. ¿Por qué, señor?

Eldon meneó la cabeza.

—Los siglos transcurridos no han eliminado del todo a los megalómanos —contestó con acento lleno de pesadumbre.

# CAPÍTULO XI

—No esperaba verle por aquí, ministro —dijo Dullenby.

Rebr-Han, ministro de Asuntos Interplanetarios de Qaphar, hizo una cortés reverencia.

—Me envía su majestad, Sharkon VIII —declaró Rebr-Han—. En primer lugar, y en nombre de su majestad, quiero agradecer a su excelencia el gesto que ha tenido al recibirme...

—Hablar no cuesta nada —dijo el primer ministro de la Tierra con cierta sorna—. Y, bien mirado, es usted de los pocos qapharianos decentes que quedan. Este no será un lenguaje diplomático, si usted quiere, pero, ¿puedo emplear otro, después de la devastación que estamos soportando sin motivo alguno?

—Siento mucho lo ocurrido, excelencia. Permítame que le exprese mi simpatía...

—Ministro, abrevie, por favor. No puedo perder demasiado tiempo con usted. Tengo otras personas, a las cuales debo recibir y el horario está ajustado al segundo.

—Sí, excelencia. Lo que, simplemente, deseo exponerle, es la propuesta de paz que traigo en nombre de mi señor...

—Cualesquiera que sean los términos de esa proposición de paz, quedan rechazados en él acto —dijo Dullenby firmemente—. Pero todavía hay más. Cuando regrese a Qaphar, diga a su emperador que el gobierno de la Tierra va a solicitar del Consejo Supremo de la Galaxia que sea declarado criminal de guerra y juzgado en consecuencia.

Rebr-Han se asombró de aquella respuesta.

—Mi señor, criminal de guerra...

—Han muerto injustamente millones de terrestres por la ambición de un detestable sujeto, cuyo nombre será execrado por los siglos de los siglos, mientras viva un solo terrestre. Ese es un crimen que no podemos perdonar y que no perdonaremos, desde luego; pero todavía hay más. La declaración de criminales de guerra alcanzará también a todos los colaboradores directos de ese forajido que se hace llamar emperador de Qaphar: almirantes, generales, Estado Mayor, técnicos... Sí, ministro, Qaphar tiene mucho que responder por sus crímenes y deberá pagarlos inexorablemente.

—La Tierra está derrotada, excelencia —se sulfuró Rebr-Han.

—Aún no hemos sido vencidos, ministro. Y ya no tenemos nada que hablar; ya sabe usted qué es lo que debe contar a su emperador, cuando regrese a Qaphar.

Rebr-Han abandonó el despacho subterráneo, al cual había sido conducido con los ojos vendados. Momentos después, un ayudante se asomaba a la puerta y anunciaba:

—Señor, su excelencia el embajador Zoghock, de Erquist IV, y su consejero Ruyman.

—Hágales pasar, por favor —accedió Dullenby.

Los erquistinos entraron en el despacho.

— ¿En qué puedo servirles, caballeros? —preguntó el primer ministro.

—Excelencia —dijo el embajador—, en nombre de mi gobierno, vengo a traerle una propuesta de medición con Qaphar, para dar fin a este conflicto que puede arruinar totalmente a la Tierra.

— ¿En qué consistiría esa mediación?

—Una suspensión momentánea de las hostilidades y reunión de dos comisiones, terrestre y qaphariana, para discutir los términos de un tratado de paz, en las mejores condiciones posibles para ambos bandos. La reunión se celebraría en el territorio neutral que supone la capital de Erquist IV y cuenta con el beneplácito de mi gobierno.

—Señor embajador, hágame el favor de informar a su gobierno que el que presido siente un vivo agradecimiento por el interés que se ha tomado en el conflicto, pero también debe informarle que no aceptaremos ningún trabajo de paz que no reconozca la agresión

injusta de que hemos sido objeto y la declaración de criminal de guerra a Sharkon VIII, a su estado mayor, y el juicio consiguiente, ante un tribunal imparcial. Si de lo que se trata es de conseguir que la Tierra se rinda, habiendo sido, repito, injustamente atacada, en tal caso, usted y su gobierno deben saber que sólo se producirá nuestra rendición cuando no quede un terrestre con vida.

—Admiro el valor de su excelencia —dijo Zoghock—. Pero, hablando con sinceridad, me parece un recurso totalmente estéril…

—Señor embajador, repito mi gratitud por su ofrecimiento —dijo Dullenby secamente.

Zoghock entendió que la audiencia había terminado.

—Reitero mis condolencias, señor —dijo—. Y gracias por haber accedido a recibirnos.

—Déselas usted a su gobierno por su noble, aunque estéril gesto —concluyó el primer ministro terrestre.

Durante unos momentos, Dullenby quedó solo, lo que aprovechó para hacer una llamada por la línea reservada.

— ¿Almirante Segobia?

—Sí, señor, yo mismo.

— ¿Qué hay de los prisioneros?

—Hasta ahora, nada, señor. Los psiquiatras hacen todo lo que pueden, pero…

Dullenby se sintió momentáneamente desanimado, pero su abatimiento duró muy poco. Enderezó el cuerpo y dijo;

—Gracias, almirante.

—Siempre a sus órdenes, excelencia.

* * *

La nave capturada disponía de un excelente servicio de

transmisiones, en el que se incluía una gran pantalla de televisión. Sentados ante ella, Eldon y Harmony contemplaban imágenes de los distintos ataques que, tras la pausa producida por la llegada de Rebr-Han y su entrevista con Dullenby, habían vuelto a producirse, implacable, inexorablemente.

Ahora eran ya las ciudades las que merecían la atención de los qapharianos. Mordiéndose los puños de rabia, Eldon contemplaba las espantosas imágenes que aparecían en la pantalla.

Calles enteras eran devastadas por las ráfagas de proyectiles de las naves de Qaphar. Los cañones disparaban preferentemente a la base de los edificios. Cuando se trataba de un rascacielos, hacían fuego en posición inmóvil, enviando decenas de granadas a los puntos más bajos, hasta que, rotos por completo los muros, el edificio se derrumbaba como un castillo de naipes.

La mayoría de los puentes habían sido destruidos, pero todavía quedaban algunos intactos, que eran buscados con ahínco por los atacantes. Quedaban aún larguísimos trechos de vías férreas y autopistas, que eran volados a cañonazos. Los rieles saltaban por los aires, convertidos en serpentinas de acero y en las autopistas, los embudos se alineaban casi sin solución de continuidad.

La reconstrucción sería muy larga, pensó Eldon amargamente. Probablemente, duraría una generación. Millones y millones de muertos yacían abandonados por todas partes y ya se iniciaban epidemias, que no podían ser atajadas por falta de médicos, enfermeras y medicinas adecuadas.

—Si un día capturamos a Sharkon VIII y lo juzgamos como criminal de guerra, Moretti debería sentarse en el banquillo a su lado —dijo rabiosamente.

Harmony, a su lado, asintió en silencio.

Ahora, en la pantalla, veían a una nave haciendo fuego contra el colosal rascacielos de la Televisión Mundial. Era un edificio de cuatrocientos pisos, mil doscientos metros de altura y trescientos de base. La nave enemiga disparaba por ráfagas de diez segundos, ochocientos proyectiles en cada salva. Las nubes de humo cubrían por completo el tercio inferior del colosal edificio.

De repente, el rascacielos se inclinó a un lado, primero lentamente, luego con mayor rapidez. A medida que caía, se deshacía en multitud de fragmentos, hasta que, al fin, convertido en un

gigantesco montón de escombros, desapareció de la vista de los espectadores.

Harmony no se pudo contener y blandió el puño.

—i Asesinos! —gritó.

Luego se echó a llorar. Eldon, comprensivo, pasó una mano por sus hombros y la atrajo hacia sí.

En la pantalla, el aparato qaphariano se movía lentamente, disparando ahora contra un paso elevado que, extrañamente, había permanecido intacto. Veinte proyectiles hicieron saltar por los aires el puente, en medio de una serie de chispazos, prontamente ocultos por el polvo y el humo.

De repente, Kottash se asomó por la escotilla y llamó:

—Señor, el almirante Segobia quiere hablar con usted.

Eldon se puso en pie de un salto y corrió hacia la salida, Kottash le tendió el transmisor.

— ¿Almirante? —dijo el joven.

—Mark, tenemos la solución.

— ¡Por fin! ¿Lo han conseguido?

—Sí, hemos logrado perforar el blindaje mental de los prisioneros. Usted tenía razón; existía esa palabra clave.

— ¿Puede indicármela, almirante?

Segobia dudó un momento.

—Mark, ¿está seguro...?

—Totalmente, señor —contestó Eldon con voz firme.

—Bien, la palabra es «Wahaböö», perteneciente al antiguo lenguaje de Qaphar y que significa «Obediencia total». Nuestros expertos opinan que, a pesar del acondicionamiento a que han sido sometidos, podrían darse casos individuales de resistencia y aun rebeldía a las órdenes recibidas. «Wahaböö», en su opinión, anula todo síntoma de contradicción.

—Es bueno saberlo, almirante, pero ¿dará resultado?

—Oh, sí, desde luego. Los psiquiatras han hecho pruebas de todas clases con los prisioneros. Una de ellas consistía en darle toda ciase de órdenes, la mayoría de las cuales cumplían puntualmente. Pero a otras, se resistían.

Por ejemplo, no querían meterse en una hoguera, ni saltar desde lo alto de un cuarto piso... Localizada la palabra clave, no es que les hayamos obligado a meterse en un fuego, pero sí a tirarse de un cuarto piso, ignorantes por completo de que, lógicamente, habría una red para recogerles al final de la caída. Mark, créame, obedecieron esa orden sin vacilar. Y aún se hicieron muchas más pruebas en tal sentido, de modo que ya no cabe la menor duda acerca de su afectividad. La duda, en todo caso, estriba en usted.

—Sobre mí, no puede usted dudar en absoluto, almirante —contestó el joven con firmeza—. ¿Cuándo empiezo a actuar?

—Es usted el jefe de operaciones de la contrainvasión, Mark —dijo Segobia significativamente.

—Entonces, ya no hay más que hablar. Deséenos suerte, señor.

—Eso quiere decir que piensa ir acompañado.

—Sí, me llevo a la teniente Below y al sargento Kottash. Adiós, almirante.

— ¡Buena caza, Mark!

Eldon se volvió sucesivamente hacia Harmony y el sargento, ambos testigos de su diálogo con el almirante Segobia.

— ¿Preparados?

—Sí, Mark.

—La orden de partida depende solamente de usted, señor —contestó el sargento.

—Entonces, no perdamos ya el tiempo.

Antes de que acabara el día, Eldon, con paso firme, seguido de Harmony y Kottash, entraba en la cámara del comandante en jefe de las fuerzas qapharianas, hiperalmirante de segundo grado, Shol-Kot.

— ¿Qué desea, coronel Ugluq? —preguntó Shol-Kot.

—Voy a darle una orden, almirante. «¡Wahaböö!».

Al oír aquella palabra, el cuerpo de Shol-Kot sufrió una terrible sacudida y sus ojos giraron unos instantes en las órbitas. Luego, volvió a la normalidad.

—Sí, señor —dijo solamente.

Eldon extendió el brazo hacia la consola de control. —Almirante, transmita esa misma palabra a todas las unidades, desde las astronaves nodrizas, hasta el último aparato de combate.

Shol-Kot giró en su sillón, agarró un micrófono y pidió a su central de transmisiones un contacto directo con todas las unidades.

La operación tardó unos pocos minutos, debido al gran número de aparatos con los cuales era preciso entablar contacto, mediante una señal general convenida de antemano. Pero, al fin, la central informó de que todos estaban a la escucha.

Entonces, Shol-Kot exclamó:

—«¡Wahaböö!».

## CAPÍTULO XII

Cuando el visitante hubo salido, Sharkon VIII miró a sus más inmediatos colaboradores y se frotó las manos de júbilo.

— ¿Han oído al embajador de Erquits IV? La Tierra como dicen allí, está al borde del K.O. Y, aunque sea un infame juego de palabras, K.O. y caos, ¿no se parecen mucho?

Sharkon lanzó una alegre carcajada y, destapando una botella, llenó tres copas y entregó una a Jhiffork y otra a Rebr-Han. Luego levantó la suya y, con ojos muy brillantes, exclamó:

— ¡Por la victoria de Qaphar! ¡Por nuestra nueva conquista, el planeta Tierra!

Jhiffork contestó entusiasmado al brindis. Rebr-Han alzó su copa también, pero se mostró mucho más mesurado.

— ¿Qué te pasa, ministro? —preguntó Sharkon—. El embajador de Erquist IV ha recibido sus informes directamente de su gobierno y éste de su embajador en la Tierra. Ciertamente, perdimos a algunos agentes que teníamos allí, como Piotr Rugger, pero eso no ha representado ningún obstáculo para triunfar. La Tierra está totalmente arruinada y sólo falta acordar el momento de la invasión por nuestras divisiones de choque...

—Hasta ahora, majestad —dijo Rebr-Han—, no hemos recibido ninguna petición de armisticio. Seguimos bombardeando, pero ellos resisten.

—Ya no tienen apenas líneas ferroviarias, ni carreteras, ni barcos; la gran mayoría de sus edificios han sido destruidos... Hay hambre y epidemias; Los muertos se amontonan por todas partes... ¿Quién puede continuar resistiendo en esas condiciones?

—Ellos, señor. Temo que será preciso exterminarlos a todos, si queremos considerar la Tierra como nuestra.

—En tal caso, el ataque seguirá hasta el fin —declaró Sharkon duramente—. ¡ Ese planeta será mío, os lo aseguro!

En aquel momento, Rebr-Han, si no lo estaba ya antes, adquirió la convicción de que había estado sirviendo a un demente, a un hombre poseído por el afán de conquista a cualquier precio; a un desalmado al que no le importaban las pirámides de calaveras de sus enemigos muertos. Y, aun admitiendo que, bajo el punto de vista qaphariano, había algunas razones para desencadenar el conflicto, lo cierto era que haber llegado a tales extremos le repugnaba totalmente.

Pero la posición de Sharkon era muy fuerte y no cabía la posibilidad de un golpe de Estado. De haber sido derrotado en el conflicto, su derrocamiento habría resultado muy fácil. Ahora, la victoria iba a afianzarle en su posición y...

Una estridente carcajada interrumpió sus reflexiones. Con la copa en alto, Sharkon reía de forma casi demencial:

— ¡Y se atrevieron a declararme criminal de guerra! ¡Están locos, locos de remat…!

Algo cortó bruscamente sus palabras: el estruendo de una fenomenal explosión, que hizo retemblar el edificio desde el tejado hasta los cimientos.

* * *

Con ojos atónitos, su Magnificencia Sharkon VIII, Emperador de Qaphar, contemplaba el ataque de miles y miles de naves, que disparaban sus cañones incesantemente contra los grandes edificios de la capital, contra sus caminos elevados, contra los puentes y viaductos… Enormes nubes de polvo se alzaban por todas partes y en muchos puntos se elevaban gigantescas columnas de humo, procedentes de otros tantos incendios.

Jhiffork, a su lado, estaba igualmente estupefacto. En su asombro, no había sido capaz de reaccionar, impartiendo órdenes para la defensa que, por otra parte, sabía ya inútil.

Las primeras salvas de las naves atacantes habían sido dirigidas a los puestos de defensa antiaérea, barridos poco menos que instantáneamente. Ahora la capital estaba inerme y miles de aparatos descargaban sin cesar sus cañones contra toda suerte de objetivos.

La confusión y el caos eran enormes. Una noticia de radio informó que, al noroeste de la capital, cincuenta naves habían atacado la gran presa de Shull-Ghor, una construcción de más de cuatrocientos metros de altura y que daban origen a un lago artificial de casi quinientos metros de longitud por doscientos de anchura en su punto máximo. El muro del embalse, agrietado después de recibir varios millares de «impactos de 203 mm., que lo habían ido royendo implacablemente, había cedido, provocando el espantoso derrame de billones de toneladas de agua, que estaban inundando las llanuras situadas al pie_ del embalse.

La capital se quedaría pronto sin agua, pensó Rebr-Han, preguntándose cómo era posible que seis mil naves, con doce mil

tripulantes perfectamente acondicionados en su cerebro, hubieran sido capaces de volverse contra su propio planeta.

De repente, una nave picó velozmente y descargó una feroz ráfaga contra los jardines que había en aquel sector del palacio. Arboles gigantescos volaron por los aires como si fuesen cañas, mientras que el suelo quedaba agujereado por cientos de embudos que le conferían un vago aspecto de paisaje lunar.

Algunos de los cristales saltaron en mil pedazos. Sharkon, ahora asustado, retrocedió.

—Tenemos que ir al refugio...

Súbitamente, se abrió la puerta y un hombre de uniforme entró en la estancia.

—Majestad, tengo una nave preparada para llevarle a un lugar seguro —exclamó.

Sharkon no fue el primero en echar a correr. Jhiffork, enloquecido por el pánico, salió disparado hacia la terraza del palacio. Rebr-Han, más reflexivo, frunció el ceño. El acento de aquel oficial... Eldon lo notó y sonrió.

—Usted es el ministro de Asuntos Interplanetarios —dijo.

—Sí.

—Los tripulantes de las naves tienen orden de disparar hasta agotar las municiones. Para entonces, yo estaré muy lejos, camino de vuelta de la Tierra. Le recomiendo forme un gobierno provisional y empiece a pensar en las condiciones de un armisticio. Usted sabe de sobra que no había razón para declararnos la guerra.

—La Tierra también se mostró intolerante...

—Es cierto, pero no hay dificultad que no se pueda solucionar mediante el diálogo. Su planeta tendrá que pagar una crecida indemnización por los daños que hemos sufrido y los que intervinieron en la preparación del ataque serán severamente castigados.

— ¿Sharkon?

—Será juzgado como criminal de guerra —contestó Eldon

inexorablemente.

Ya no habló más; dio media vuelta y se lanzó a la carrera hacia la terraza.

Cuando llegó arriba, Sharkon y Jhiffork discutían con los dos tripulantes de la nave que se hallaba allí estacionada. Kottash les impedía el paso, pistola en mano.

—Hasta que no llegue mi comandante, no... ¡Ah, ahí está!

Sharkon se volvió hacia el joven.

—Coronel, le ordeno que me lleve inmediatamente a lugar seguro —exclamó, mientras el fragor de las explosiones seguía produciéndose por todas partes.

—Ahora mismo —contestó Eldon—. Suba, por favor.

Sharkon entró en la nave. Jhiffork quiso imitarle, pero Eldon lo rechazó de un fuerte empellón.

—No hay sitio para usted —dijo.

— ¡Soy el hiperalmirante...!

Eldon se volvió, colérico, y le arreó un tremendo puñetazo, que lo hizo saltar fuera de la terraza. Jhiffork cayó al vacío, agitando frenéticamente brazos y piernas, hasta estrellarse contra el torturado suelo del jardín, a ciento veinte metros más abajo.

—Se lo merecía —masculló el joven, pensando en los millones de muertos terrestres.

Luego se coló de un salto en la nave. Sharkon se enfureció:

— ¡Ha asesinado a mi jefe de operaciones, coronel! —gritó—. ¡Le acostará caro...!

Harmony, a los mandos, había iniciado ya el despegue. Eldon se encaró con el qaphariano.

—Amigo mío —dijo tranquilamente—, debe saber que está hablando con el contraalmirante Eldon, de la Tierra. También le conviene saber que conseguimos capturar una de sus naves intacta, con los tripulantes, y que logramos conocer la palabra clave que ordena obediencia total. Ahora, por tanto, Qaphar está conociendo los

horrores que harto conocemos en la Tierra y sus ciudadanos sabrán lo que es apoyar a un gobierno déspota y sin conciencia. Sharkon, es usted mi prisionero y le llevo a la Tierra, donde será juzgado como criminal de guerra.

Sharkon palideció.

—No, eso no…

Algo duro se apoyó en sus riñones.

—Ven, compadre —dijo Kottash burlonamente—. Tengo un sitio reservado para ti, un cajoncito que te hará más llevadero el viaje hasta nuestro planeta.

—Mis soldados, mis pilotos… todos me defenderán…

—Los tripulantes de las naves de combate están obedeciendo mis órdenes ciegamente, después de haber oído la palabra «Wahaböö», que tus psiquiatras infiltraron en su subconsciente. Atacarán la ciudad, hasta el agotamiento de sus municiones. Luego, aterrizarán y se considerarán licenciados y se negarán a guerrear nunca más. Rebr-Han, fu ministro de Asuntos Interplanetarios, va a formar un gobierno provisional, que pedirá al de la Tierra las condiciones para un armisticio —explicó Eldon—. Pero eso no te librará a ti de comparecer ante un tribunal, acusado de crímenes contra la humanidad.. ¡contra toda la humanidad de la Galaxia!

Las piernas de Sharkon se doblaron. Todos sus sueños de grandeza se habían convertido repentinamente en menos que una nubecilla de humo. Ya no eran nada… él no era ya nadie… sino un hombre que esperaba la decisión de la justicia galáctica.

* * *

El juicio había sido transmitido íntegramente por televisión. No eran muchos, sin embargo, los que habían podido presenciarlo, debido a la ruina en que había sido sumida la Tierra. Pero ahora existía un espíritu general de reconstrucción y los supervivientes de la catástrofe se afanaban en apartar los escombros, para iniciar una nueva existencia.

El tribunal estaba integrado por jueces de una veintena de planetas, todos ellos pertenecientes al mismo sector galáctico. Ya se había dictado la sentencia y ahora, el presidente, elegido por votación entre los mismos jueces, se disponía a leer la sentencia:

—Sharkon, de Qaphar, llamado emperador de dicho planeta, por la acusación del gobierno de la Tierra, has sido juzgado con imparcialidad y sin que se conculcasen tus derechos. Sharkon, de Qaphar, este tribunal te ha encontrado culpable de los crímenes cometidos y, en consecuencia, te castiga a destierro perpetuo al planetoide Negro, donde vivirás hasta el término natural de tus días, completamente solo y sin relacionarte jamás con ningún ser humano. Esa es nuestra sentencia y se ejecutará inmediatamente.

Sharkon se puso una mano en la garganta.

—No... Prefiero que me maten antes que ir allí...

—En Negro podrás meditar durante años enteros sobre los crímenes que has cometido —dijo el presidente del tribunal—. La muerte, para el que ha causado tantas muertes, es una pena muy leve. Viviendo en Negro, morirás cada día, cada minuto... y tu ejemplo servirá para otros hombres con ambiciones ilegítimas. ¡Caso fallado!

Eldon estaba presente, junto con Harmony, Segobia y el sargento Kottash. Eldon meneó la cabeza.

Una vez había estado en Negro. Era un mundo horrible, en un agujero de la galaxia, extrañamente cálido, con atmósfera, pero en donde no lucía el sol jamás, eternamente sumido en las sombras y absolutamente estéril. Sharkon viviría allí y, periódicamente, se le llevarían alimentos y agua, pero nada más. No, no era una sentencia agradable..., pero en la conciencia de aquel sujeto debían cargarse cientos de millones de muertes. El presidente del tribunal tenía razón: moriría cada día.

Y se lo tenía bien merecido, pensó, mientras salía fuera de la sala de justicia, llevando a Harmony del brazo.

— ¿Y ahora? —dijo Segobia.

Eldon paseó la vista por los colosales montones de ruinas que quedaban todavía.

—Almirante, Harmony y yo nos vamos un par de semanas a la cabaña, a disfrutar de nuestra luna de miel. Cuando regresemos,

aceptaremos el puesto que quiera asignarnos.

—El presidente Dullenby quiere rendirles homenaje por su valor...

Eldon pasó un brazo por la cintura de la joven.

—A la vuelta —sonrió—. ¿No es cierto, Harmony?

—Sí, Mark —contestó la joven.

Eldon y la que ya era su esposa, subieron al aeromóvil y partieron de inmediato. Segobia y Kottash quedaron unos momentos en la explanada.

—Merecen ser felices —murmuró el almirante.

—Son estupendos —elogió Kottash—. Señor, cuando vuelvan... me gustaría seguir con ellos...

Segobia dio una palmada en el hombro de Kottash.

—Claro, teniente —sonrió.

— ¿Cómo, señor?

—Luego le daré su nombramiento, Víctor. Eldon ha ascendido a vicealmirante y Harmony a capitán. ¿Creía que íbamos a dejarle a usted sin recompensa?

—Señor, yo me limité a cumplir con mi deber... .—Pero hizo más que muchos. —Los ojos de Segobia chispearon bajo sus espesas cejas—, Y con hombres como usted y como el almirante Eldon, nuestro planeta ya no será nunca más atacado sin que los atacantes reciban su merecido castigo. ¡Nunca, nunca nos invadirán, sargento, créame! ¡Por siempre jamás, la Tierra será independiente!

* * *

En el interior del aeromóvil, Zoghock, embajador de Erquist IV hizo una pregunta a su ayudante:

—Ruyman, ¿qué le ha parecido el juicio?

—Justo e imparcial, señor. Se pueden sacar muchas enseñanzas de este proceso.

—Sí, es cierto. Se pueden sacar enseñanzas, pero no sólo del proceso, sino de la guerra entre Qaphar y la Tierra.

—Los terrestres ganaron al fin, señor.

—Sí, son duros de pelar. Pero este conflicto puede ser para nosotros una fuente inagotable de experiencias. Nosotros evitaremos tropezar en las piedras en que tropezaron los qapharianos.

—Habrá que tener en cuenta los hombres como el almirante Eldon, señor —dijo Ruyman.

—Quizá, cuando lo hagamos nosotros, Eldon ya no exista.

—El plazo, ¿no es un poco largo? Zoghock
soltó una risita.

—Ruyman, usted olvida una cosa muy importante. Nosotros no tenemos prisa, y ello, por una razón primordial. Por ejemplo, un año terrestre, son dos meses de Erquist IV, lo cual significa que vivimos seis veces más que los terrestres. Treinta años erquistinos son ciento ochenta terrestres... y dentro casi de dos siglos, ¿quién se acordará de la guerra entre Qaphar y este planeta?

Ruyman se echó a reír.

—Visto desde ese ángulo...

—Es el único desde el que se puede mirar el asunto —dijo Zoghock—. Y como nosotros sabremos exactamente qué es lo que se debe hacer, un día la Tierra será nuestra, con todas las riquezas que contiene.

— ¡Sí, conquistaremos la Tierra! —exclamó Ruyman.

F I N